



Parras Viejas. Vino Nuevo

Francisco Antolozaga Noriega

Universidad Autónoma de San Luis Potosí
San Luis Potosí, S.L.P., 2009

Parras Viejas.
Vino Nuevo

Francisco Artolózaga Noriega

Parras Viejas. Vino Nuevo

Francisco Antolozaga Noriega

Universidad Autónoma de San Luis Potosí
San Luis Potosí, S.L.P., 2009

Derechos Reservados by

© Universidad Autónoma de San Luis Potosí

© Francisco Artolózaga Noriega

San Luis Potosí, S.L.P., México 2009

Editorial Universitaria Potosina

Índice:

Razones o sinrazones...	9
Breve semblanza...	12
Testamento privado de Francisco Artolózaga Hermosillo otorgado en el año de 1950...	13
Segunda breve semblanza...	19
Santiago...	20
Toro...	22
Alarde campirano...	23
Campeando por los potreros...	24
La charreada...	24
El garambullo...	26
Segunda palabra de la razón o la sin razón...	27
Apuntes autobiográficos de algunas cosas de mi niñez...	29
Primer poema	63
Oh virgen mía...	63
Dios...	63
A mi madre...	64
Te quiero tanto así...	66
Se llamaba flor...	67
Por siempre recordar "a Doña Elena Noriega Garfias"...	68
Una vez...	69
Caminando...	70
Algorta...	71
Un sonata por Manuel María...	72
Fuego y sol...	76
La guitarra de mi madre...	76
Amanecer...	77
Al milagro de los nietos...	78
Mi México...	79
Rebozo...	81
El tequila...	82
Mañana cuando me vaya...	83
A don Germán Stahl Guerra...	85
La semilla...	85
Señora...	86
Para entonces...	87
Tonantzin...	87

Recuerdo para un poeta	
"a don Alfonso Fernández de Busto"...	88
En bromas veras...	90
Melancolia...	91
A don José Díaz Infante y Jasso	
"Tres sonetos en San Isidro"...	92
El encierro...	93
Cuando solo...	95
Para cuando solo...	96
A José María Artolózaga Arana...	96
Para cuando ya no este...	98
El caporal...	99
Hijos, si mala...	100
Atardecer en Zugarramurdi...	100
Un brindis por la vida...	103
A don Oscar Torres Corzo y a su Cerrito Taurino...	104
Coplas y romanzas de don Guillermo Baez y Espinoza	
Gran tlatoani de la Guachichila...	106
A doña Refugio L. de Morelos Zaragoza	
En sus primeros cien años...	109
El porqué de las letras...	111
A Francisco Artolózaga Noriega el día de su nacimiento...	113
A mi hijo Francisco al nacer...	115
A Lucy en el día de su nacimiento...	117
A Lizeth en su nacimiento...	119
A Ulises...	120
Ongi Etorri a Joaquin...	122
Deo Gratia Kevin...	124
A Patxilau Tlalchitonatiuh...	125
Gure Odola Esteban...	127
Egun on "Amaury"...	129
A Palomita...	131

Abril 2006

Razones o sinrazones

Un libro más. ¿Para qué? No para el propio halago ni para envanecer la voz, pero sí para ser un silencio menos. Quien carece de magia en las manos para pintar, esculpir o dibujar la música, sólo le queda soñar y a veces en el sueño encontrar palabras que liberen las aves canoras que anidan en el pecho y aún mas hondo, en el alma. Por eso así, simplemente decir lo que brota de lo profundo del espíritu, porque se ahoga en el corto espacio y precisa gritar al mundo que no se es ajeno al milagro de sentir la vida, ni se es ajeno al milagro de la creación, aunque con torpe entender por explicarse la magnificencia de Dios, con los diferentes nombres que le han dado a través de los tiempos las ansias de encontrarlo. Yo lo llamo Jesucristo. Mucho más que un Dios un Dios Hombre: esperanza, lágrimas, temor, sangre, muerte, amor.

Incapaz de poseer la materia a veces me siento poseedor de los sueños: de lo intangible; de todo cuanto habita en la idea de lo ideal, sin vestiduras o artificios con que se compensan las carencias ante la ambición en los excesos de la riqueza o el poder. ¿Conformidad o desinterés? No lo sé, ni me preocupa; sueño con mi padre que el espíritu vale más que la materia. El juicio de los demás poco importa en la tibieza grata de cumplir con la misión de ser hombre, o al menos intentarlo. No hipotecarse por perseguir el aplauso, como tampoco soportar la injuria o el insulto, porque no se merecen ni el uno, ni el otro. En el tribunal de la conciencia el más grande logro es encontrarse absuelto, aún sin haber ejercido ninguna defensa.

Acudo al más remoto arcaísmo para interpretarme; desconozco el remoto pasado cuando estuve dormido. Desde las primeras formas de la vida, hasta el instante de haber nacido; adivino el futuro a través de los míos sin poder ser dueño de sus destinos, sin poder decidir en sus vidas. Solamente asumo la responsabilidad de mi momento, sin manchas en el pasado, sin deseos de lacrarlo en el futuro; solamente soñar y de ese sueño rescatar palabras ya dichas por mejores hombres, pero no con mi voz.

No pretendo producir asombros, superar los escenarios de la naturaleza es imposible, pretender la propiedad de la palabra, utópico, definir la emoción y la sensación impresa por encima de mis facultades e intención. Agradecer la oportunidad de acceder a la vida despierta y seguir viviendo después en mañanas que no mirarán mis ojos, pero sí sentirá mi corazón, riendo y llorando con los que me suceden y sucederán hasta el último de los tiempos.

Mi materia, la de todos. Mi vida caminar a veces de la mano de la melancolía en la magia de las letras, y algunas veces romper con la risa o el encanto en el gozo de la familia o el rito de la amistad el cristal de la alegría. Vivir entre la luz y la sombra, el pasado fugitivo, el presente invaluable, el futuro inexorable; lo que se fue y lo que llegó, lo primero en el destino, por quienes sin querer nosotros fueron, lo segundo en la intención, por quienes por quererlo nosotros son. Amar, la constante, odiar solo lo execrable. Vibrar con las cuerdas más sensibles del alma. Siempre sobre el horizonte el humo azul de perseguir lo bueno; si no, poco vale toda la remota antigüedad, poco importa el futuro.

El ave del pensamiento siempre intentará la mejor nota, buscará el bosque umbrío, el fuego del ocaso, la promesa del amanecer, la profundidad del beso, el refrescante camino de la lágrima. Por eso así, analfabeta en la lectura de la vida sólo queda el intentarlo todo; asumir la responsabilidad en la intención sin la condicionante del triunfo, pero sin el fatalismo de la derrota. Comprender que sólo, sólo una vez se beberá el viento, se soñará el color, se abrazará la tierra, se amará una mujer, se sembrarán hijos. Sólo una vez se tendrá la fortuna de ser célula, de ser idea, de ser como uno solo fue hijo de Dios porque fue un hombre.

Concurren a enriquecer con su propia voz estas páginas dos amigos entrañables: mi padre y mi hermano Manuel. El primero porque constituye un arquetipo en mi persecución de lo ideal; un gratísimo recuerdo, un perenne compañero, alas para gozar de la altura y ancla para tener firmeza ante el mal tiempo. Luego porque su palabra aunque fue camino conducido a sus hijos como destinatarios de su amor, es también regalo grato a todo aquél que disfrute de lo sensible, de lo generoso, del cielo del espíritu, de la gentileza de

Parras Viejas. Vino Nuevo

su pensamiento a través de su testamento, tan rico, que en su haber no existe la materia. El segundo, porque participa de ese atavismo familiar de amar la tierra en todas sus manifestaciones naturales, con inclinación particular al gusto de los ganados, a los gallos y los caballos, a la charrería, al campo bravo y a las majadas; vivencias que ha plasmado en ricas estampas campiranas plenas de sabor, color y aroma, que se oyen mejor dichas cuando las pronuncia una vihuela y las canta una voz entendida de sus querellas, sus modos y sus pasiones.

Quiero sí, que las palabras aquí cautivas, aniden en el pecho de los de mi sangre y de los de mi afecto. Para ellos fueron escritas después de ser soñadas y algunas veces, con las alas de la música inventada por alguno de ellos, han sido gorriones y cenizales escapados entre las rejas de la jaula de una guitarra y bailarinas sobre la luz y la noche del teclado de un piano.

Iremos pues en persecución de la metáfora y cuanto es bello, en pos de las musas gentiles a intentar patentizar el amor a todo lo creado para mí, para los míos, para mis amigos y para todos aquellos que por vivir sueñan y por soñar viven.

Francisco Artolózaga Noriega.

Breve semblanza

Francisco Artolózaga Hermosillo, andador de caminos azules, jinete de tempestades, escalador de nubes, aspiró su primer viento en Santa María de la Luz, propiedad de su abuelo José María Artolózaga Arana, hacienda vecina de la brava Guachichila de Moctezuma; ultimo reducto en el semidesierto potosino en sucumbir ante la cruz y la espada, tierra seca y austera de verdor, pero fecunda para la forja de hombres de carácter que dan a la tierra el desnudo en la lucha diaria por hacerla producir y reciben en cambio esa soledad que es madre de la fuerza y puerta de la Filosofía. Siendo la constante el dar y darse, poco importa al final el recibir; con la mano siempre abierta dio sin dolor ni reticencia los pocos bienes materiales que le ganó a la vida, la fortuna y el azar como tales nunca acudieron a su encuentro, tesón y voluntad fueron su bandera. Mano gentil que siempre entregó la sinceridad en el saludo, lo profundo de su alma en la caricia y a veces la respuesta de la dignidad ante el agravio; mano que fue sendero a su cabeza, ánfora de sueños, para dejar en las alas de la tinta y la letra los impulsos del corazón y la luz del pensamiento.

Su vida, integridad sin tregua; su herencia, el honor sin mácula y algunas añoranzas que la historia no permitió a su tiempo: cabalgar con don Quijote, sentarse a la diestra de Arturo Pendragón en la Mesa Redonda para perseguir con Percival la luz del Santo Grial, dar golpes de timón en la nave de Elcano y cañonear con Txurruka a Nelson en Trafalgar.

Exhaló su ultimo viento terrenal en la hora y el día veinticinco años antes de que renaciera a este mundo su bisnieto Esteban, reencarnación del otro euskaldún del mismo nombre en las postrimerías del mil seiscientos. Eterno devenir del nombre y del hombre.

Testamento privado de Francisco Artolózaga Hermosillo otorgado en el año de 1950

Hijos míos:

Cuando llegue esta carta a sus manos, será porque yo me encuentre en el más allá, de donde no se vuelve; es pues lógico que tomando en cuenta esa grave circunstancia trate ahora de comunicarme por última vez con ustedes, ya que desgraciadamente si Dios tiene dispuesto que el final de mi meta sea hasta aquí solamente, no tendré otra oportunidad para hacerlo y ni siquiera el consuelo de sentirlos cerca en el momento supremo.

No me duele en lo absoluto dejar este mundo a no ser por ustedes, mi anhelo más caro ha sido siempre, más que verlos, sentirlos crecer y participar en todas sus inquietudes y esperanzas, gozar con los triunfos, y llorar con ustedes en sus tristezas. Considero la vida de cada uno como la continuación de la mía propia y es violento pensar que no podré más intervenir en ellas y participar de sus emociones. Pero lo que verdaderamente me hiela el corazón es imaginar que si la fatalidad, el destino o Dios ha determinado que este sea mi final, ustedes sentirán ese golpe como nunca brutal, porque se encuentran en esa edad en que el padre no es solamente el sostén, sino el guía, la inspiración y el ídolo.

La amargura me llena cuando imagino a mi muchachita linda con sus hermosos ojos azules empañados por las lágrimas, cuando pienso en el desconsuelo de mi Pacomio acurrucado por el dolor tras una puerta, y cuando pienso también en el llanto de Manolete y Carlitos quienes si no llegan a comprender con plenitud la razón de esa pena no por ello dejaran de experimentarla con todo el sentimiento de sus primeros años.

Pero en fin, dejémonos de la parte triste de esas cosas y veamos de salvar del naufragio lo que se pueda. Fué siempre mi más caro deseo tratar de entregarles el fruto de mis particulares experiencias y prevenirlos contra los errores y acechanzas que día

con día puedan presentarse, si esto no es posible porque nadie es dueño del tiempo y éste siempre vence, me concretaré tan sólo a fijar a grandes rasgos lo que yo anhelo que sean ustedes, por el bien de sí mismos y para provecho de la humanidad.

Siendo la vida según el símil de algunos poetas y pensadores una farsa, una comedia o drama, es no sólo lo bueno sino también lo provechoso y conveniente hacer el mejor papel posible. No me refiero con ello a que necesariamente deba de ser brillante, los papeles así corresponden casi siempre a los elegidos de la fortuna la que caprichosa al fin, suele elegir a veces al más egoísta y malvado cuando no al más imbécil; al decir el mejor me refiero al que es digno, al que se desempeña con absoluta ética, sin menoscabo de ninguna de las virtudes y condiciones que corresponden a la gente de bien, firme en sus convicciones y compenetrada hasta la médula de su honradez e integridad, de ahí que no importe lo modesto de la actuación y del propio individuo, cuando a falta de los delirantes aplausos de un público tonto y superficial, se tiene en el pecho la tibia sensación de haber cumplido sin alardes, pero con dignidad. Capítulo es éste muy importante y Dios quiera que no fuera olvidado nunca por ustedes, ya que viene constituyendo no sólo la fórmula del buen vivir, sino que es viejo principio de sabiduría en el que fueron basadas las ideas de los mejores hombres de todos los tiempos.

Lo anterior no se concreta tan sólo a ustedes mismos, hay algo más que debe considerarse porque de otra manera la condición señalada habrá de invalidarse; partiendo del principio de que para ser digno habrá de renunciarse a mil ventajas fáciles, tendrán el absoluto derecho y hasta la obligación de ser exigentes con los demás. Desde luego me refiero a aquellas personas que al correr de los años despertarán en sus corazones el cariño, con todas sus complicaciones y problemas; nadie ha podido sustraerse a esa ley biológica o humana que un día u otro han hecho a todos cifrar su dicha y porvenir en un afecto, tremendo instante en que se juega en un albur de ilusión no sólo la propia felicidad y el propio destino, sino en muchos casos todo el futuro de un nombre y el infortunio de varias generaciones de carne de nuestra carne y espíritu de nuestro espíritu. Cualquiera concesión, debilidad o complacencia al

permitir que los sentimientos galopen al azar como potros sin freno y sin jinete, no solo debe considerarse catastrófico sino hasta cierto punto criminal, ya que es sabido que no sólo nosotros pagamos el elevado precio de nuestros errores, sino que con ellos habremos de dañar a quienes nos aman porque están ligados a nuestro destino, o a quienes de nosotros dependerán mas tarde. Incluso para practicar una tan bella virtud como es la generosidad, deberá sujetarse ésta a un análisis perfecto, a fin de determinar si en lo que nos estamos desprendiendo no va parte del acervo de dignidad que debe conservarse a toda costa.

Mucho dista mi pensamiento de aconsejarles el egoísmo, los bienes tangibles de la vida, como lo son la materia, el dinero y todo aquello que supone un valor; puede prodigarse cuando se quiera, todo es susceptible de ser recuperado, pero la fe, el ideal, el honor, la dignidad, etc., una vez perdidos, perdidos para siempre serán. Además tengo la íntima convicción de que de un profundo sentido de la dignidad, se derivan todas las virtudes generales y desde luego el tipo humano más elevado que pueda conocerse.

Otro de mis anhelos más caros fue al nacer cada uno de ustedes, que llegará un día en que llegarán a poseer una convicción que en mis horas de prueba me ha sostenido siempre; ahora al transmitirles a ustedes, soy dueño de la satisfacción que otros habrán tenido al legar a sus hijos una inmensa fortuna. Tanto valor así, le considero. Es la humanidad producto de mala levadura y es el mundo palestra donde para triunfar hay que ser fuerte, ahora bien el factor fuerza necesario es difícil poseerlo si no se ha pagado previamente su importe, con una rigurosa disciplina del espíritu y de la voluntad. En todo hombre existe un raudal inagotable de energía, pero ésta se encuentra a veces muy escondida en nuestro yo interior, inútil será buscarla en otra parte. Esto puede condensarse en pocas palabras: jamás cifré en ninguno de ustedes el éxito de sus empresas, ni su felicidad en circunstancias; llámense éstas fortuna, casualidad, etc., quien confíe en la mala levadura o en el acaso, es necesidad suprema. Cuente cada quien con la energía y fortaleza que existe en su interior, descontando en lo absoluto la cooperación de los hombres o de los accidentes y el triunfo será suyo.

No puedo dejar pasar algo que debo recomendar a ustedes para que lo recuerden hasta el fin de sus días, es este asunto de grande trascendencia como que de ello se desprende lo que han dado en llamar el bien y el mal; tarde o temprano como todos los humanos, llegará el momento en cada uno se encontrará ante el dilema de lo bueno, que es siempre lo legítimo y lo malo que es siempre lo fraudulento. Al llegar a este punto, para poder distinguir una condición de la otra recuerden aquel principio aristotélico que sienta las bases al considerar que todas nuestras acciones son perfectamente legítimas y por lo mismo buenas, tan sólo si no dañan a segunda persona en cualquier forma. Esto a mi juicio es la forma perfecta de una doctrina de principios que se llama moral.

Nunca se aparten tampoco de la doctrina del Crucificado, ella es fuente de salud y en las horas tremendas refugio y esperanza, quien la guarda en su corazón será siempre rico aunque viva en la mendicidad, pues es sabido que sólo es pobre quien no tiene ilusión y la eterna bienandanza que en su infinita misericordia brinda a nosotros, los miserables de esta tierra, es la más bella de todas las aspiraciones. Además, quien cree en El y lo ama será nunca triste aunque le ocurran más desgracias que a Job, porque El es también raudal de dicha, pues ésta, así como la desventura no dependen de las condiciones de esta vida, sino más bien de las condiciones de nuestro espíritu ya sea que éste se encuentre elevado hasta El, o bien ande rodando por el lodo de este mundo anegado en mezquindades.

Me desespera ver que no puedo recomendarles otros muchos razonamientos que debiera, porque pueden servirles, como me amarga pensar que siendo casi nada lo que les dejo, están condenados a una infancia y juventud duras, con estrecheces y penurias, pero El así lo ha querido y es seguro que será por su bien. Sin embargo, me consuelo considerar que en esas condiciones precarias se han criado la mayoría de los que asombraron al mundo con sus hechos. Mi testamento es pobre, y escrito hace diez años en un álbum de Paco, no puedo dejarles otra cosa y lo siento, pero por otra parte, si estuviera seguro que los hacía poseedores de lo que en él señalo, mejor será ése que el de un emperador.

No obstante lo poco que les dejo, mi ilusión es que lo conserven uno y otro, todos son mis hijos; que nunca ese trozo de tierra de todos mis afanes vaya a manos extrañas, y quiero disponer con ese objeto que mis cenizas sean regadas en él por la propia mano de mis hijos; nadie se atreverá a vender el polvo de su padre; es más, quiero y así lo mando como mi única voluntad que aquel de mis hijos que se quede como dueño de él después de haber indemnizado a sus hermanos de su parte correspondiente, mande a sus hijos que hagan lo mismo que hoy ordeno, y que rieguen también sus propias cenizas y no permitan que pase a manos de quien no lleve el nombre, y de no tener hijo deberá de venderlo o de heredarlo a quien lleve tan sólo el nombre del linaje.

Ya para terminar, va mi recomendación mas importante: Amen a su madre, no con el amor que puede inspirar un ser que es de este mundo como todos, sino con el amor que traspasa los límites de lo humano hasta llegar a las esferas de la divinidad, ella es la más buena, la mejor de las madres y yo sé que daría su vida por evitar el menor sufrimiento de cualquiera de ustedes. Jamás le oculten sus sentimientos y sus dudas, sus problemas y sus inquietudes, sus ilusiones y sus desengaños, nadie más interesada que ella en su felicidad y guía más noble y leal jamás han de encontrar; háganla partícipe de todas sus cosas, buenas y malas, el disimulo y la mentira para con la madre es traición y crimen que insulta a Dios, además es crasa estupidez, pues vuelvo a repetir que lo bueno siempre es también lo provechoso y conveniente. Sé como si lo viera, que ella luchará por ustedes en pelea heroica, sin desmayos ni vacilaciones y habrá de sacrificar noblemente su juventud y sus aspiraciones por el bien de sus hijos. Y cuando crezcan, cuando dueños y forjadores de sus propios destinos tengan un asiento en el banquete de la vida, no olviden ni por un segundo que a ella deben todo, el triunfo y la felicidad, suprema aspiración y justo pago de sus sacrificios y sus luchas. Respétenla y escuchen sus palabras como si fueran las de un oráculo, ellas tendrán la sabiduría que nace del amor más puro y generoso, y si la ven llorar, tiemblen, las lágrimas de una madre piden venganza al cielo. Sean no sólo el sostén de su vida, sino el fuego de su afecto y la paz de su espíritu y que ninguno anteponga al cariño santo que debe inspirarle quien todo le ha dado a cambio de nada, un cariño humano, por que eso será traición y deslealtad. Cuídenla

Parras Viejas. Vino Nuevo

y mímenla mientras viva y considérenla un tesoro inapreciable que algún día por ley inexorable perderán.

Llego al punto final y no sé cómo decirles que no me alejaré, estaré con ustedes en todos los incidentes de su vida, yo velaré en sus noches y siempre estaré cerca en sus horas de prueba si me llaman, mejor, les marcaré la ruta si lo permite Dios y sólo quiero pedirles una cosa, no es mucho si lo piensan; quiero que no me olviden, nadie muere mientras no se le olvida, presiento que sufriré la muerte cuando el recuerdo mío se borre de la mente de mis hijos. No quiero escribir el adiós que es chocante, escribo agur que es lo mismo que desearles que les vaya muy bien, mi bendición a todos y doy gracias a Dios por haberme favorecido con cuatro hijos que son buenos y nobles.

Millones y millones de besos para mi linda muchachita, no me verán más sus hermosos ojos, pero yo velaré sus sueños noche a noche y besaré su frente, su risa alegre como cascabeles de plata continuará siendo lo más grato a mis oídos, más que todos los coros celestiales.

Millones y millones para mi hijo Pacomio, el noble Bayardo de diez años, flor de la lealtad y joya de una época por desgracia ya ida. También velaré su sueño y en sueños le hablaré, nunca habré de dejarlo.

Mis dos pecados últimos, Manolillo y Carlitos, tozudo y molón uno y picarán el otro, los cubriré de besos y jugaré con ellos día a día, aunque tengan cien años, para mi serán niños; todo el tiempo gozaré con sus risas y cuidaré sus vidas desde allá.

Agur, hijos de mi alma; hasta la vista diablos pedorrietes.

Segunda breve semblanza

Manuel Artolózaga Noriega, arribó a este mundo en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial. Trasunto en su carácter que a veces desconoce el armisticio signado por los beligerantes. Por fatalismo sanguíneo de la remota y reciente antigüedad, desde su infancia se encuentra mejor en el campo que en la ciudad; tuvo el privilegio de vivir unos años en Zugarramurdi trozo de paisaje propiedad de sus padres y ahí aprendió el manejo de los ganados y el caballo.

Fue charro en sus mocedades y practicó el arte del floreo disipando el tiempo y el gusto. Después de recorrer los avatares del ganado mayor, retornó a su infancia rodeada de cabras y en ellas ha volcado su intención y afecto. Criador de ejemplares de buena raza, ha diseminado el esfuerzo y el orgullo contribuyendo al mejoramiento del hato nacional.

Poseedor del lenguaje del campo, hace versos con sabor y aroma que después se expresan en el bordoneo de la guitarra y la voz. Su camino, seguir pastoreando su rebaño a través del tiempo y la distancia, sin más ley que su albedrío, ni más patrón que el destino.

SANTIAGO

En mi cuna potosina
y por los rumbos de Arriaga,
donde el aire se respira
impregnado de fragancia;

enclavada en la pradera
que a la vista es un halago,
por tradición ganadera
lleva el nombre de Santiago.

Aquellos viejos pioneros
de esta tierra potosina,
con coraje y tesoneros:
Teodomiro y Senorina.

Tierra de ganado bravo
con fama de plaza en plaza,
que sus amos han logrado
por su cariño en la crianza.

Ganaderos de abolengo,
de nacencia potosinos,
por gracia de Dios eterno
hombres de buenos caminos.

Entre grandes magueyales
nopales llenos de grana,
se mecen sus pastizales
que moja lluvia temprana.

Canta el pájaro zenzontle
refugiado en una rama,
prodigando por el monte
su melodía a la mañana

Tierra bruta que se amansa
con penas y con cariño,

Parras Viejas. Vino Nuevo

con trabajo de labranza
y con caricias de niño.

Recuerdos de gente buena
con huarache y calzonera,
que gustosa en la faena
acariciaba la tierra.

De aquellos carros de mulas
tironeados por tres troncos,
cargados de dulces tunas
o pastura palos broncos.

Del tinacal de los pulques
surtidos por tlachiqueros
sorbiéndole al acocote
para rellenar los cueros.

Por las mañanas, temprano,
arreaban vacas de ordeña
y se divisaba al amo
calentándose con leña.

De aquellos vaqueros buenos
pa echar un lazo en el monte,
sin quererlos hacer menos
pal mezcal o un buen colonche.

Ya con esta me despido
Santiago de mis amores,
perdurando en mi recuerdo,
el perfume de tus flores.

TORO

Orgullosa de su casta
con desafiante bravura
muestra sus dos finas astas,
signo de su raza pura.

Con un bramar imponente
en el resollar profundo,
deja un aviso tremante,
amenazante en su fundo.

Cuando en la plaza de toros
se presenta majestuoso,
estremece los tendidos
causando gran alborozo.

Embistiendo con bravura
cargando con los caballos,
se planta en la arena dura
bebiendo del sol los rayos.

Mostrando ser codicioso
denotando gran nobleza,
acudiendo sin reposo,
humillando la cabeza

La espada de plata pura
se refugió en el percal
y el premio de su bravura
lo dejó pa' semental.

Ya lo espera la pradera
para cuidar su vacada,
descubriendo la primera
que puede ser fecundada.

Parras Viejas.
Vino Nuevo

Así pasarán sus días
poniendo vacas en gesta,
produciendo muchas crías
que alegrarán, nuestra fiesta.

ALARDE CAMPIRANO

Cuando baña el sol los campos
con su dorado fulgor,
se alejan los negros mantos
apareciendo el color.

Se oye el cantar de jilgueros
anunciando el nuevo día,
el verdor de los potreros
incita a una nueva vida.

Se escucha el bramar de un toro
desafiante en la cañada,
el relincho del caballo
va reuniendo a la manada.

Inmóvil el cervatillo
se refugia en un mogote,
al ventear en su camino,
rastros que dejó el coyote.

Con su golpear incesante
un pájaro carpintero
desgaja un palo de sauce
cerca del abrevadero.

Comienza a caer la tarde
y a tender su negro manto:
El campo ya no hace alarde,
ni se oye del ave el canto.

CAMPEANDO POR LOS POTREROS

Cuando amanece en mi campo
con el canto de jilgueros,
me pongo un sombrero ancho
y cabalgo en los potreros.

En lomos de un garañón
vistiendo por las majadas,
busco las vacas preñadas
en el plan y en las cañadas.

Oigo el aullar de coyotes
y el bramar de los becerros,
bendigo estos lindos suelos
adornados de mogotes.

Se oye el pelear de los toros
desgajando los nopales
y el grito de caporales
montados en cuacos moros.

Así recorro mi campo
por veredas y caminos,
al cobijo de estos cielos
de mi suelo potosino.

LA CHARREADA

Se oye la Zacatecana
con años de tradición;
en mi tierra mexicana
historia es de mi nación.

Los equipos dan la entrada
y el aplauso es emoción,

Parras Viejas. Vino Nuevo

un charro en bestia rodada
va portando el pabellón.

Ya se practica la cala
denotando educación,
ganando a ley una diana,
bien ganada en la actuación.

Se detiene a pura reata
un mesteño muy ligero,
dejando una gran “jumata”
en carril del pialadero.

Se miran rodar los toros
por los charros arcionados
escuchándose los coros
de buenos aficionados.

Jineteando una greñuda
o en lomos de un cornalón,
a nadie le quede duda,
no hay quien lo haga mejor.

En las manganas y terna
siempre serán los primeros,
con el arte que se externa
dibujado en sus floreos.

En el paso de la muerte
se va jugando la vida,
él le ha brindado la suerte
a su prenda más querida

Un charro y una poblana
despiden la fiesta nuestra,
con mariachi que hace gala
en tanto que el sol se acuesta.

EL GARAMBULLO

Al tranco de mi caballo
me paseo en el campiadero,
él es de pelaje prieto,
dosalbo y con un lucero.

Con su montura pitiada,
sus cabezadas de plata,
su crin muy bien enjaezada
y en los tientos, buena reata.

Un relumbrante machete
fabricado en Antequera,
para desafiar la muerte
si la ocasión dispusiera.

Un par de buenas espuelas
con música de campanas,
que las bestias aligeran
cuando las sienten cercanas.

Si de echar un pial se trata
se apalanca de a deveras,
dejando chorrear la reata,
rematando a la pajueta.

Cuando hay que colear un toro
se le arrima al costillar,
mirando que yo lo arciono
no hay quien lo pueda igualar.

Es mi cuaco misionero
motivo de gran orgullo,
pues siempre será el primero;
su nombre es El Garambullo.

Segunda palabra de la razón o la sin razón

Ya hemos caminado por las letras, a través del genio y lucidez de mi padre en su magnífico testamento, que constituye para mí la luz y el camino que siempre he tratado de seguir; aunque a veces, lo confieso, es difícil vestirse con su palabra y su consejo, ante la tentación de lo fácil, las uñas de la ventaja y la codicia, el resbalarse de la pasión, la debilidad de nuestra propia naturaleza. En fin, vivir es un reto diario y si una vez vencidos o imperfectos siempre habrá un nuevo día para erguirse sobre el fango, disfrutar de las nubes y las estrellas, buscar, en la propia pequeñez, lo sublime del espíritu y lo grandioso del alma.

Luego Manuel nos ha regalado estampas de su entorno; visiones de sus ojos, gusto de sus gustos, experiencias de sus manos y añoranzas de objetos y camaradas como el cuaco garambullo y sus tiempos en Santiago.

Me toca ahora, nuevamente, hacer presencia en algunas letras que al paso de los años por mi tiempo me han regalado el recuerdo amable, cariñoso, imponderable de mis padres, mis parientes, mis amigos, mi pedazo de tierra. Otras, palabras que sembradas en años de niñez y juventud han madurado en las vides cultivadas en el oído y la memoria, y brotan como vino, bueno o malo; no lo sé, pero maduro tras muchos soles sobre el horizonte y la piel.

Los versos han sido ritmo en mi corazón y música a mis oídos, tras abreviar en las fuentes de Othón, Velarde, Nervo, Nájera, y luego sin talento, pero sí con amor, osar violentar el metro y la rima con palabras propias que sólo se justifican por su grata compañía y por la absolución de los amigos que por su afecto las aceptan en su gusto.

Me asomé cuando cumplí treinta años al pozo de la memoria y me reencontré niño y adolescente; tal vez porque al asomarme me encontraba por la mitad del camino que recorreremos los humanos, trascendentes al fin hacia otro espacio.

Varias piedras arrojé a la sima y en el agua adormecida formaron ondas concéntricas que me fueron trayendo vivencias dulces y amargas, ingenuas y pícaras, pero llenas de perfumes y colores, de

texturas y sabores indeleblemente troquelados en el recuerdo. Como en lienzos y fotos antiguas me he solazado riendo y llorando con rostros, caricias, palabras, paisajes; en fin: con el tiempo que traje y que llevé, con el destino que no pregunté, con el anhelo que se empeñó, con el sueño que fracasó, con el hombre que a través de sus luces y sus brumas, tropezando llegó. Detrás de muchos, pero delante de los más.

En fin, el oído se fue poblando de sonidos y la mano, yunta fiel al arado de la voluntad, retomó la tierra en el papel y fue arando con la rejilla de la pluma, trazando surcos para sembrar semillas extraídas de la troje de la memoria y nopales, mezquites y flores enraizados desde entonces; hoy trasplantados en el campo tolerante de este libro que no se rebela contra lo que en su piel quedó escrito.

Esta prosa autobiográfica con sus disquisiciones y fugas a la política, la Historia, la humanidad, sólo aprisiona chispazos inconexos de actuaciones en el devenir del tiempo inexorable. Rostros gratos e indelebles en los archivos del recuerdo. Unos ya omnipresentes en las formas que se nutren del polvo; viajeros silenciosos en las galaxias y en los océanos. Otros todavía testigos del diario milagro del sol y la luna; con arrugas venerables, con cabelleras de plata, con la faz que presta a cada uno la dificultad y la circunstancia, rasgos que dicen la vida da a cada quien, en la medida en que fueron merecidos.

Sólo persiguen estos recuerdos librarse de la condena del olvido y tal vez, alguna vez, despertar en alguien las iguales vivencias y en mi sangre viajera al futuro, asomarse a un mundo que asesinó la modernidad y la computadora, para, por invenciones perseguidoras voraces del dinero, dar a quien no tuvo la oportunidad de poseer en alguna medida, el recurso intangible de la fantasía.

Francisco Artolózaga Noriega

Apuntes autobiográficos de algunas cosas de mi niñez

De pronto estaba ahí, como una inmensa mariposa de oro, navegando en las invisibles ondas del viento, y al fijarme en aquel frágil trozo de papel de china y endeble esqueleto de popote, que parecía desafiar toda la potencia que duerme en el éter, con la suavidad de que sólo es capaz la inconciencia, fuí retrocediendo cual ave que acosa el invierno hasta la fresca primavera de mi infancia; aunque en tal viaje, sólo posible en la medida de la imaginación que no del tiempo, no crucé océanos ni páramos como la diminuta saeta alada. No, los humanos, por ventura o desgracia poseemos esa privativa cualidad de romper minutos y lustros con la fuerza de la memoria y con tan diligentes alas, pronto tuve alborozado y temeroso en mi mano un carrete de hilo que ascendiendo en el espacio, parecía diluirse en vano afán de aprisionar la nube; y en su extremo invisible a mis párvulos ojos, flotando gallarda mi cometa amarilla.

Era una tarde de sol y ráfagas de brisa prestaban su escalera a mi juguete. Ahora sé que aquel fue mi más querido, mi único juguete.

Corrían tranquilos los días en el pedazo de tierra que el tesón de mi padre supo conquistar para nosotros, y el sacrificio y excesiva pulcritud de mi madre hizo grato y tibio para habitarlo. Tierra que sólo es al citadino una mancha en la ropa, un escozor en la nariz, y la maleta de todos los virus; pobres gentes de la ciudad, siempre arrulladas en la artificiosa comodidad del diván y la alfombra, si supieran cuán grato es tirarse en un surco recién abierto o aletargarse a la sombra de un sauce que se asoma al espejo de la laguna, acariciando la esperanza fantásica de prodigar un resortero a una gallareta que al fin de dos horas de sol y sueño escapará, para reírse estruendosamente de su fallido cazador, entre los rizos de su pequeño mar y permitirnos argüir que cambió el aire, que la piedra era muy chica, y que ni le tiramos a darle.

Esa tierra es mi padre y mi madre, y ¿por qué no?, también yo mismo. Hay en ella tanto sudor y sangre de los míos, y tanta risa

y aventura compartida con ellos y mi perro, que estoy seguro que si alguna otra madre me fuera dado tener sería ella, y por eso tiene para mí en cada mezquite y recodo la caricia de un sueño y un recuerdo. En mi blanca ingenuidad, tenía la mas profunda convicción de que nuestro pequeño rancho se ubicaba tan lejos de toda humanidad, que durante los cortos y frecuentes viajes que a él hacía, tenía la grata sensación de alejarme cada vez más de todo y nada, y el espíritu se inflamaba al disfrutar la ilusión de insurgente o bandolero que huye a refugiarse en su morada inaccesible.

¿Cuánto tiempo se ha ido? No lo sé, pero aún percibo el grato olor de la majada, la monótona, triste voz de las ovejas y los latigazos del polvo y el sol al acompañar al ganado a su redil, y el bronco roce de la cuerda al amarrar por los cuernos al toro, que con una mirada inquisitiva y burlona se prestaba al infantil esfuerzo, tal vez por indagar qué clase de bichos éramos.

Entonces podía disfrutar de un opíparo almuerzo a la manera campirana, devorando dos gemas hurtadas a la gallina que imprudentemente descubre el tesoro que ha ocultado entre las hierbas, con ese grito que se impulsa en el instinto para decir al mundo: mira lo que he creado; hoy el mucho saber y el más pretender han puesto en el estómago un dique amargo que las gentes, en su profunda medicina llaman bilis y no es otra cosa que vida acumulada. Y aquel mole de liebre, que hacía gala en la única comida del pastor, al romper ocasionalmente la rutina de gorda y chile, mientras la tarde se iba bostezando en grises bocanadas de humo y noche, despedida entre zureos de paloma y lejanos monólogos de grillo.

Tardes matizadas con la mentira ingenua del labriego que por pueril se hacía verdad en mi corazón, que le tendía sus brazos en un gesto de melancólica comprensión; la historia del tesoro, el árbol del ahorcado y en fin, todas aquellas fantasías con que el hombre veta su propia libertad con el grillete del miedo, y cuán curioso me resulta ahora el comprender que la imposición de esas ligaduras es también absurdamente la máxima expresión de libertad, pues dentro de esa burbuja trata el hombre de disimular su pequeñez, ante aquello en que su pobre lógica fracasa, prestando un bordón a la cojera de su espíritu.

Pasado que se hace sabor, color y aroma en la sensibilidad del recuerdo, y aún sonido entre los resecos monos de maíz, mientras las débiles manos desgajan una mazorca de rojos granos, en tanto en la planicie, los escasos árboles danzan con la reverberación del calor y la distancia, y la espalda infantil quiebra la ya insensible caña que antaño en esmeralda, hoy fulge en oro. Pero hay que apresurarse que un peón ha descubierto un muelle nido de ratones que encontró en el rastrojo, vianda y lecho, y hay que salvar esas cuatro pelotillas de carne sonrosada, que tropiezan entre sí, aún ajenas al milagro de la vida; en tanto, la madre, orejudo y avisgado vellón, se presta a la algarabía de su persecución en la antítesis de un juego para quienes la acosan, y el drama de la supervivencia para la fugitiva, dejando tras de sí, por fuerza del instinto, la propia proyección del hijo que a su nivel sólo es un brote más, un bocado a otras especies, y la maravillosa fuerza de la naturaleza, que en cada ser nuevo, proclama el ciclo de la vida eterna.

Días policromos en sensaciones descubiertas por el primer hombre que pisó la tierra y que rodando por las espiral del tiempo sorprenden nuestro paso para hacernos creer los primeros; ignorantes de la dimensión de lo humano, la marioneta de distinto rostro y aún más distinto destino; sin embargo, tan iguales al iniciar la jornada. ¡Qué maravilloso animalillo es un niño!, qué absurda bestia es un hombre. Cómo atraen los profundos pozos, que afloran a la faz de la semilla humana para irse resecaando en cauces de pasión y desengaño al golpe de los años. Ojos que inquietan todo y se van gastando como monedas, hasta perder sus rasgos distintivos para incorporarse al anonimato, perdida la originalidad. Ojos de niño, vivos y traviosos cual ratoncillos y dulces y húmedos de ciervo; prismas en que la luz se sumerge para aflorar más luminosa, tras filtrarse como el agua en la piedra a recobrar su frescura.

Y es que vamos por la vida estupidamente perforando un uro efervescente de ruido sin apreciar la melodía, ensordecidos a la esencia musical que resuelve en espuma su confusión de solistas entre ruidos del rugir de motores, histerias de cláxones y neurasténicos silbatazos de los agentes de tránsito, que a guiza de honda y chicote, con la estridencia que les da el metal que les dispensa autoridad, encauzan al rebaño ciudadano que embotado de problemas, insultos

y necesidades, muerde su disgusto e impotencia ante el semáforo tirano. ¡Ah!, si alguna vez como ahora diariamente volviéramos sobre nuestras huellas; si por unos pocos minutos detuviéramos la marcha mecánica para escuchar esos sonidos, tal vez sería distinto este caos llamado civilización, y el espíritu podría zambullirse en la fuente que interpreta para la naturaleza su concierto de cristal, tomar las alas en el tordo que fantasea en el prado, bravucón y temerario ante la urraca, para huir en cuanto alguno de los reyes de la creación irrumpimos en su ínsula violando su originario derecho de propiedad, pero qué ha de hacer sino resignarse, como el hombre cuando otro más fuerte pisotea su derecho.

Tal vez en su pequeño cerebro se revuelva la ira que se agudiza en la impotencia de ser primero en la tierra y debiendo ser amo, debe conformarse con ser siervo y en ocasiones, mendigo. Tales han sido las condiciones impuestas por el animal racional y habrá de someterse a ellas, o perecer como tantas especies que se han ido al conjuro de una civilización que no guarda ni una sola vivencia de su niñez.

Siento en el olfato oleadas de troje y encendidas paseras, que al beso del sol maduran sus mieles, despidiendo un olorrico delicioso, pegajoso y dulzón, en que se resume la esperanza de pagar las deudas que se aferran como lapas en las arterias del hombre que vive del campo y que año con año hará mas sarmentosas sus manos; pero siempre, esperanza renacida que engañosa le dice: “en la próxima cosecha”, y va consumiendo generaciones que se funden en un trozo de tierra, atadas a ella por el ombligo del atavismo. Sin embargo, no te cambio añoranza por el vértigo de la ciudad impersonal y poluta, porque tal vez quiero decirte: déjame ser niño sentirte como entonces, permite que vuelva a mí, sacudiéndome las arrugas y canas que la convención social me ha dado como al resto de la manada, así al zorro ha señalado la espina en su diario devenir; porque quiero sentir otra vez que el chorro del pozo finja en mi cabeza un capelo maleable, aunque a tan fresco placer deba la incipiente calvicie; porque quiero asomado a la boca donde duerme el agua, bombardear a los indolentes sapos que nadan de muertito, o cruzar la imponente frontera que trazaban las líneas del ferrocarril, para internarme en la vecina mezquitada que va huyendo al hacha

del campesino, pero que en aquellos días se agigantaban, conforme el ansia de un niño y un perro violaban su sagrada soledad, mientras corría por la espina dorsal; termómetro del instinto, toda la gama del terror engendrado en la ignorancia fantástica que cincelaba duendes bestiales en los añosos troncos, aunque sólo bastaba intercambiar una mirada con El Diabolo aquel hermoso can, al que no quiero ofender diciendo que poseía una inteligencia casi humana, para trasmutarse en seres neolíticos, detectando en cada poro el inmenso y prolífico útero de la naturaleza, en toda su salvaje esplendidez, atónitos ante el zafiro que remonta el vuelo en un azul pájaro de hielo, y la negra cuenca, que en el centenario tronco encierra el misterio del búho.

Sólo la niñez puede dialogar tan íntima y genuinamente con un perro, y así era el invisible vínculo que me ataba a aquella magnífica bestia, que llegó a mí cuando apenas era un boceto, una expectativa que a los pocos meses se concretó en mi primero y mejor camarada. Mi padre, con ese ser tan particular que lo informa, lo bautizó con el nombre del ángel caído, al que quizá podría parecerse por el negro manto, pero del que en el fondo estaba tan distante como ese fugitivo horizonte que tanto avanza como queremos llegar a él. Sin embargo, en las horas en que padre e hijo conjugaban las diferencias de la edad en el crisol del juego, solía llamarlo, quichán, sin que hasta ahora sepa el cabal significado de tal apodo, pero, ¿quién sabe por qué se llama agua al agua? Así son las cosas, y si alguna vez me detengo a pensar en ello, debo concluir en que sólo se traducía en un vocablo cariñoso, ajeno a la raíz que forma las lenguas, pero pleno del afecto que hace necesario el crear para diferenciar lo amado.

Era un perro con disfraz de golondrina, naranja y negro, en cuyo fuerte corazón debía latir el anhelo de trasmutarse en dicha ave, pues corría tras ellas horas y horas entre el regocijo de quienes lo veíamos, sin comprender el ansia de vuelo que hinchaba sus bien dibujados músculos, para luego derrumbarse en la fresca alfombra de alfalfa, entre jadeos y perrunas imprecaciones indescifrables.

Al descender el sol, la cercana arboleda parecía suspirar, como una gruesa matrona que se licúa en el horno del trópico,

cuando el incandescente globo inicia su carrera con la noche; y entonces, perro y niño, hermanados por la caza, éramos reminiscencia paleolítica en la idea que no en el medio, al partir al zacatonal a sorprender a las semidormidas liebres aún avispadas en el sopor, por el peludo radar de las orejas, y de pronto vibrar, con el susto por su imprevisto salto, y los agudos latidos del can, que tras la presa trazaba cabriolas y queiebros imposibles, obligado por el plástico ballet del roedor, que casi siempre nos dejaba con un palmo de narices, sudorosa la faz, y el corazón rebotando en la garganta. Camarada y confidente, sé que el tiempo no agiganta tu talla, porque tu verdad no admite oropel, con que la hora idealiza la pobreza de lo que creímos tener y no tuvimos sino en menor medida. No, para mí eres tan real coma hace veinte anos, y te reconstruyo, pastor, cazador, bufón, inmejorable amigo, señalado por múltiples contiendas de amor o simples reyertas de machos. Dios te haya dado un verde prado y algunos pajarillos para tu gozo, que bien te lo mereces, no obstante el nombre que llevaste en vida.

Llevo en la memoria un archivo fílmico que con categórica insistencia se obstina en ocultar los primeros rollos que en ella imprimió y guardó sin clasificación el decurrir de los días, y es que con la edad aquellas cintas que en la madurez llamamos experiencia se van esfumando como las fotografías viejas y los lienzos antiguos; pero al ser restaurados, les descubrimos nuevas facetas y detalles, aunque, en cuanto a la memoria se refiere, tal parece que gusta de jugarnos bromas, al punto de hacernos perder la certidumbre de si alguna de esas películas de que nos creemos actores fuimos simplemente argumentistas. Mentira que se viste de verdad con la túnica de los años, para llenar carencias y anhelos, el deseo insatisfecho o la proyección de que no se fue capáz.

Es tan curioso el sentimiento que deja el exhibirnos en tal privacidad, dentro del minúsculo teatro que sólo alberga a un espectador no interrumpido por los enamorados, que buscan la penumbra para decirse necedades, o los molinos que trituran con fruición golosinas; sentimiento indescriptible que la antigüedad en su sabia puridad encerró en su infinita sima del “conócete a tí mismo”, consejo que se antoja pueril por su misma problemática, pues nada hay mas complejo que aquello que a vista superficial

aparece simple, y que sin embargo contiene la médula de la mecánica del hombre que siempre, conciente o inconscientemente ahoga su esencia tras múltiples máscaras, que a fuerza de ser usadas, se adhieren al espíritu al extremo de conformarlo a sus contornos artificiosos, haciéndole perder ductilidad.

Seguro estoy que mis primeras películas eran mejores, pues si bien en cuanto a actuación carecía de técnica, concepto que usan los estultos para parecer inteligentes al opinar sobre lo que no entienden y por vanidad niegan, porque había en ellas la originalidad que ha hecho grandes a unos pocos de los que infestamos este sufrido planeta. Sí, me pronuncio por lo natural y prefiero en mi foro la actuación de la fiera, el río, la naturaleza con todo cuanto encierra y desdén el afeitado y el micrófono que nos volverá más jóvenes o mejor dotados, pero sólo artificialmente, porque precisamente nos volverá para dejar de ser.

Y torno a reconstruirme pequeño y sin carencias que sólo al comparar y al competir creamos, tirado muellemente entre las flores de zempasúchit que sembró mi madre, atisbando a las gallinas y polluelos que pasean su petulancia entre la fronda de su diminuta selva y en ocasiones me picoteaban el rostro, queriendo engullirse alguna de las pecas que ahora se han convertido en arrugas. Qué cortos se antojaban aquellos fines de semana en ese trozo de mundo, junto a mis padres, junto a mí mismo, para el domingo en la tarde, asomado en la escalera del tren, despedirme de mis viejos con una tristeza que hacía más gris la huida del sol. Un nudo aprisionaba la garganta y taponaba las lágrimas que pugnaban por salir, empañando la visión de las manos que me despedían hacia otra semana en la ciudad, lejos de cuanto amaba. Me he puesto sentimental aunque más bien estoy seguro que he nacido, pero los viejos recuerdos tienen esa ambivalencia de alegría y tristeza; la primera colmada al calor de mis queridos padres y hermanos, y la segunda impulsada en su ausencia involuntaria que los tiempos de vacas flacas, más flacas que las de hoy les hicieron refugiarse en la sencillez del campo, ante el acoso de las ineludibles necesidades humanas en la urbe; y hasta revivo esas carencias que ponían en mí una mueca cincelada por tristeza que refa al ver a mis hermanos vestidos con una parquedad difícil de superar, calzado uno de ellos

con mis viejos zapatos de fútbol y el otro con unos comprados en el extranjero, pregoneros de mejores días. Pero la vivencia de aquellos símbolos me llena de orgullo porque en ellos se materializaba la integridad de mi padre, que ante la oportunidad de hacerse de unos pesos extras con la absolución del puesto público, prefirió tornar con la frente alta y la satisfacción de haber cumplido con todos, pero más aun consigo mismo.

Madrugadas que me saben a sueño y frío parcialmente desterrados con una taza de café, cuando había que ganar la carrera al padre Sol para abordar el tren, en alguna ocasión, portando unos holgados pantalones paternos, que a fuerza de ser usados tuvieron que llegar a tener la suavidad del terciopelo y un desvaído color casi rosa, apresurando el paso para la vecina estación, contribuyendo con el aliento a enriquecer la neblina; las manos en los bolsillos, los cuchillos de la helada en el rostro y allá, lejos, la lúgubre risa de los coyotes, hoy desterrados por el tractor y el monocorde ritmo de los motores que roban su jugos al abismo, en la carrera cada vez más enconada contra el hambre. Pero cómo agigantaban mi talla aquellos pantalones hinchados de virilidad, sin importarme lo ridículo que me haya visto, ya que en ellos había entereza, sin prejuicios ni ademanes de fariseo, pues con ellos y otros asistí rodeado de los míos al nacimiento de un ternero o una oveja, sin que el párvulo cerebro contemplara mácula alguna en la maravilla del parto y contra todo lo que piensa la gente sobre tales espectáculos, no engendraron pensamientos desviados, ni falsos conceptos. Era el himno de la vida nada más.

Hay hombres con raíces emocionales que eternamente estarán vinculadas en algo; soy uno de esos y tengo la certeza de que no hay en mí imán más fuerte que la tierra, entendida ésta como la gratísima sensación de poseer un palmo de corteza y de paisaje con amor de esposo y conjugación de padre e hijo, de otra forma no lo entiendo; a la tierra se le ama, no se le explota y con ese amor me ampollaba las manos, al podar los caprichosos troncos de las vides, con un gusto, quizá masoquista que tanto más me dolía y me fustigaba el dolor mayor placer escapábase mí en gruesas gotas de sudor, que en su sendero de sal escocían mi rostro y se sumergían en los resecos terrones. En el verano daba gusto contemplar los verdes

Parras Viejas. Vino Nuevo

penachos pletóricos de pámpanos y frutos semiocultos en la fronda; sólo conociendo la vid se puede comprender a Virgilio, Horacio, Homero; la sabia Grecia, la Roma sibarita y los míticos seres que su generosidad hizo posibles en la teogonía mediterránea. Viejas y queridas parras destrozadas por la ignorancia que a su cuerpo ataba asnos hasta hacerlas crujir, para al fin conducir las a la hoguera, a calentar un frugal almuerzo de frijol y maíz.

Dondequiera que estén, astillas o cenizas, seguirán conservado algo de mi sudor, el perfume del recuerdo, y el pícaro Dionisios que gusta de enturbiar con sus vapores la cabeza y poner color a los carrillos de quienes beben su sangre.

Alas de nostalgia por los idos días se remontan con la parvada de palomas que se columpia en el viento, transparente atalaya donde se domina la pequeña heredad y en sus giros semeja un multicolor pañuelo que habla de despedida. ¡Cuántas veces planeamos el pequeño palomar! diminuto condominio en ollas de barro en que la mano indagaba la incógnita del huevo y la sólida robustez de los pichones, que tristemente habrían de perecer en las garras del halcón o abatidos por la escopeta de chispa; muerte en amos extremos, lógica la primera como la ley natural, criminal la segunda, porque sólo indica el salvajismo del animal superior que abate con el dedo de la estupidez el ímpetu de vuelo del más indefenso de los milagros de Dios, olvidando que precisamente a esta avecilla distinguió el Ser Supremo hasta hacerle portadora de un perdón en fresca rama de olivo ¿Será que tal vivencia impulse al arma? ¿Será que ese perdón nos pesa al grado de destruir el símbolo? Quizá siempre hemos sido pigmeos que se rebelan a su estatura erigiendo torres de Babel para acercarse al cielo y asaetearlo. ¡Cuán negro fué tu ejemplo Nemrod!, ¡Qué alto precio pagará, pagó y seguirá pagando tu soberbia materializada en flecha que tu imprudencia revirtió en la confusión de la palabra del hombre!; Ícaro con pretensión de dios, serpiente con afán de águila. Ojalá alguna vez torne el alabastro alado y nos traiga el perdón a tus discípulos, ojalá podamos recobrar el tamaño necesario para dialogar con el ave y la bestia, con nosotros mismos.

Varios lustros se han ido ensanchando al vórtice de la eternidad robusteciendo árboles, germinando semillas, en la elipse

que traza al ritmo de la naturaleza incansable, modeladora de montañas y valles, inventora de flores y esencias, y en ocasiones haciéndose sentir con ronca tesitura de volcán y marejada, en el inmenso proscenio de la tempestad y el terremoto. Es entonces cuando el insecto de dos remos se arredra a la eterna y multiforme caverna olvidado del Dios de la paz diaria, erigiendo con ladrillos de miedo el altar del panteísmo. Viento, fuego, tierra y agua; azotes de la ciega humanidad cobran vigencia al situar en su exacta dimensión al mono erguido, que desanda un camino milenario hasta los manes y penates, conjugando el peligro en pararrayos, trasunto de su totem y en pueriles sobornos de limosna, avalorios de magia y de fetiche.

Tanto más nos decimos que avanzamos, tanto más al romperse la monotonía diaria, el trueno asusta a la manada con su viejo repique de tambores que cuentan del temor de los abuelos azorados en la penumbra de la cueva que hoy de asfalto, madera, lodo o hierro, sigue encerrando los iguales miedos.

La naturaleza es polifacético actor que cubre los géneros de comedia y drama. Afortunadamente, para nosotros, es más pronta a la broma que a la ira y todos sus fenómenos, ¿o debo decir carácter? Trasciende siempre positivamente, aunque tanto la tentamos al jugar con la célula, el átomo que bien pudiera cansarse de verse traqueteada y molida a golpes como Sancho y de plano reventar esparciendo la plaga de hormigas que la aguijonen así sea levemente dada su redonda robustez, pues no obstante que aquellos que se aproximan a la esfera tienen bueno el talante colmada la paciencia pueden hacer sentir sus kilos con sólo recargarse indolentemente. Madre naturaleza si entendiéramos tu lenguaje como entonces con que poco llenaríamos la insatisfacción de mayores comodidades casi todas superfluas.

¿Será que por los pocos centímetros ganados con la edad no nos llegue tu voz?, ¿será que la llamada madurez, nos haga insensibles? Te hemos olvidado para perdernos en el laberinto de la ignorancia ¿puede acaso haber flor sin sementera? Cierto, ya nuestro endeble pieprofano el faro nocturno para sólo encontrar tu negativa sin estruendo de mar, olor de pino, trino de ave o canción de arroyuelo.

Parras Viejas. Vino Nuevo

No me llaman celestes aventuras; no, sólo quiero a la vera de una zanja; polvo al polvo, amparado en su frescura, oír la partitura de la rana, el aria de la alondra, y el chismorreo del agua entre los jarales y gigantes que entre charla y parla van tejiendo sus suéteres de lama, ignorando el porqué con tal medida se acompañe de un artículo incongruente, pues tiene de mujer virtudes todas; fresca y voluble en la conducta; sube en vapores y desciende en gotas tras ser nube de bucles caprichosos que pícara sorprende al inocente que por fiarse del sol ha salido en camisa. Pero qué sabrosas mojadas en el campo en regadera de tamaño tanto, contemplando legiones de soldados que mueren al nacer entre los charcos, refrescada la vista, el cuerpo, el alma y el cansancio del juego o del trabajo.

¡Cómo te siento lluvia en el semblante y en los huesos que informan la camisa al volver de la pesca aquella tarde cuando uno de la alegre comitiva dijo a otro: Detenme los pescados porque “me hago”, para oír la satírica respuesta: Pues hágase tarugo, al fin es agua, celebrada entre risas de choteo acrecentadas por la tácita obediencia largamente celebrada al calor de unos tragos de aguardiente, aguzado el ingenio y la memoria. ¿Qué no sabes que una vieja dijo todo poquito ayuda y se orinó en el mar?!

Llego hasta el ángulo agudo en que un pilón hace frontera a lo mío y lo ajeno, mojonera sin nombre, vestigio de Colonia sin edad conocida; palabra de cantera, de hacendado que creyose más fuerte que la piedra, haciendo omnipresente su riqueza, señalando al extraño una advertencia: Esto es mío, ¡Cómo te has de reír anciana roca de tantos que sintiéronse tus dueños y has visto como la milenaria Esfinge andar en cuatro pies por la mañana, en dos cuando calienta el mediodía y por último en tres por el crepúsculo! Pretensión de eternidad que sólo habita en tu núcleo de sílice y arena; pero ahora eres mía porque eres de los de mi sangre; mañana qué sé yo con mis doce o treinta años.

En años de pluvioso beneficio te recuerdo emergiendo entre las aguas, Coloso de Memnón en miniatura, saludando a la aurora aunque sin queja y cuando el cielo en su desnudo azul agrietaba la piel de la laguna, inmutable soldado sin relevo, oteando la planicie seca y pobre, donde un sauce se resiste a morir idas las aguas,

Parras Viejas. Vino Nuevo

envidioso de la verde cicatriz que en lontananza traza una línea de bosque que aventura su brazo en la llanura solitaria y coincide con la cuna del sol en primavera. En mis años de conquista en tal pilón establecí la base al periplo de tantas correrías: Hacia el norte hasta el muro que contiene las inquietas aguas, sendero de mampostería donde la zorra señalara a su vez coto y dominio, en deyecciones que proclaman hambre apenas satisfecha con pirules; para torcer por el sendero que rotura el monte a la oscura arboleda que cobija un vetusto canal, a cuya sombra se amparan las escasas bestezuelas. Lento el andar, contenida la respiración con la esperanza de sorprender a sus criaturas con mítico respeto; rara mezcla de miedo y goce insatisfecho, caminando al compás del corazón que en tales trances oye y presente, ya que al fin es motor del inconciente; lejos la albeante casa que se me antoja un queso, una nube caída y terrón de azúcar en que vigilan diminutas ventanas sin pupilas, atentas a mis pasos y mi suerte.

De pronto, un grito gutural destroza el cristal del silencio y la zozobra. Un mechón de ceniza bajo el ala de un sombrero charro al viento azota, dominando un caballo pajarero que repara ensanchando los ollares en brioso afán de derribar la carga del insecto que hiere sus ijares, fustiga el anca y el hocico ofende; todo inútil, el centauro pudo más que su fuerza y su coraje. Ya lo dice el refrán de aquellos rumbos Pa los toros del Jaral, los caballos de allá mesmo. Hombre y bestia se acercan ya aclarados amo y sirviente que con el tiempo han de ser buenos amigos. Una mano encallecida por la reata se me tiende cordial, mano que tiene dureza de vivir como Dios manda; orgullo de sencillez, de pan ganado con tesón, mano que no pide y que si puede, araña el raído pantalón de su patrimonio, para obsequiar un fresco jarro de jocoque o unas tortillas que se ampollan de puro gusto, de la vanidad de su redondez en humilde comal de barro. Fanfarrón, hombre de campo que cifra orgullo en penco criollo, de esos que al puro meñique obedecen, una silla con fuste del Bajío y broncas chaparreras chomiteadas; sombrero de tope y tope y si alcanzara pantalón de jerga pa lucir el domingo en el poblado, mientras la vieja regatea el semanal mercado, disipando en la taberna un barato vaso de mezcal, tan falso como el cantinero que finge interés por cada historia que le cuentan, a veces forzando el relato para secar la garganta del narrador y dejarla pronta a otra copa.

El caballo es apéndice del hombre del campo y durante mi infancia que no conocía las cadenas con que el deber nos ata al escritorio, tuve la suerte de poseer una de esas nobles bestias a la que tocó llevar el nombre de “Barbas”; era uno de esos a los que los entendidos llaman con resabios por decir mal carácter, aunque creo que si así era, tal condición le fue impuesta por un bruto de dos extremidades, ya que al no entender su individualidad quiso someterlo a varazos en la cabeza lastimándole un ojo, que la paciencia y cariño curó con inusitada medicina, azúcar cande pulverizada que día a día le aplicábamos, usando por todo instrumental un cucurucho de papel que las hábiles manos de mi padre fabricaban, con práctica de sus lejanos días en que despachaba infancia en un comercio de pueblo, donde el periódico y la estrasa eran la única envoltura.

En aquel caballo nacido en el rancho casi a la par de uno de mis hermanos en la ciudad, veía correr en sentido inverso los árboles y los perfiles del terreno, que parecían huir al galope de nuestra carrera; salmodia de coro de perros famélicos nos acosaba al paso de las rancherías, con ladridos de mera rutina en que gastaban las precarias energías, porque no ajustará para comer la familia, pero siempre habrá en cada jacal una jauría enjuta que sobrevive por el hurto y el milagro de no sé que recónditas sustancias; chiquillos encuerados y con el ombligo parado de lombrices, rostros color de adobe y mocos con complejo de elevador al compás de la respiración se asomaban, ventanas ahumadas impregnadas de humores acumulados en la rutina del Sol y la Luna. Ahora me parece que mi prieto tenía temperamento humano, hecha salvedad de que no ocultaba sus deseos, pues si el jinete no era de su agrado, le lanzaba una casi siempre certera coza con la pata de montar, y si sabedor el cristiano de tal maña se cuidaba del rudo golpe descuidando la retaguardia, era pescado en salva parte por los amarillos dientes que aprovechaban la coyuntura; y si todas sus tretas de viejo luchador fallaban por conocidas, aparentaba al montarlo una beatitud franciscana, para creada la confianza al ir corriendo, ejecutar un salto de costado magistral, que daba en tierra con los huesos del montado. De ser hombre hubiera sido un marrullero comerciante o un maestro del panracio en la rama de los rudos, pero le tocó ser equino y es fortuna por no cargar más la cuenta de los tramposos, que como dicen los guías de caza de las piezas, no más prinquean.

Ignoro tu final, viejo amigo, pero estoy seguro que en tu vuelta al vientre prolífico de la tierra algunas florecillas encontraron sustento en tus despojos y un pedazo de campo se vistió de verde alfombra. Tal es la grandeza de la creación, que de carne y hueso emerge la flor sencilla y el humilde pasto; capítulos del libro nunca terminado de la vida en donde cada ser imprimirá una página, casi siempre inconcientemente, pero de tal belleza cual el mejor poema, por estar escrita con la pluma de la maravilla nunca aproximada por los mejores talentos humanos.

Bruscas pendientes de montaña contraen el músculo de la columna que asciende por senderos que adivinan los cascos de la caballada y a lo lejos se antojan insectos trepando sobre la espalda de colosos dormidos. Entre lujuria de sol y paisaje, los ojos buscan al venado que la naturaleza predatoria del hombre ha ido encumbrando cada vez más en afán de supervivencia, fragosos picachos en donde sólo el más apto subsiste y cruelmente en ello estriba su acoso, ante la expectativa de abatir un macho de doce puntas. Campamento salpicado de fogatas para ahuyentar la helada, con multicolores cobijas de lana, tragos de tequila y mentiras de cazadores, siempre superadas por el narrador en turno que no admite quedarse atrás en las hazañas, hasta que alguno desconocedor de tal rito, se burla abiertamente relatando haber matado en el filo de la sierra un sábalo de proporciones gigantescas y además con pelos. Amanece y cada quien corre a ocupar el puesto que le han asignado para acechar a la presa que vendrá huyendo de los arreadores; entonces el silencio sienta sus reales en la serranía durante largas horas en que el viento modela caprichosos arabescos con el humo del cigarro en que se disipa la espera. Olor de pino, rumores de la fronda y abismos tentadores a la oruga sin alas envidiosa del zopilote que parece dormido en el espacio, rígido bumerang que controla su vuelo; señor de un destino sin caminos, sin puertas, ni candados, en la diaria tarea de procurarse la pitanza en putrefacta carroña; curioso y vilipendiado empleado de sanidad sin salario. Siempre de negro, togado de enterrador, que a la par de los agentes de inhumación, su éxito radica en la muerte de los demás. ¿Quién copiaría a quién el atuendo?

Tan profundas reflexiones son interrumpidas por un grito: ahí va una zorra, pero, por más que se agudiza la vista, ésta

desaparece y vuelta a la espera por tres horas más, hasta que alguien abate un ciervo en que apenas apunta la virilidad de los cuernos y las manos hacen malabares con la quemante carne, fieramente disputada por los glotones, entre carcajadas y malas razones que suenan como golpes en el dintel de la alegría; giros broncos del lenguaje que en tales ocasiones pierden su connotación ofensiva y hasta curiosamente se tornan en muestras de afecto, sin llegar al extremo veracruzano, cuyo mayor halago es recordar al amigo que no es hijo de incubadora. Ortos y ocasos se suceden sin imponer obligación alguna y permiten a la espalda descansar del yugo del deber cotidiano, ambiente de sana irresponsabilidad, casi infantil, derribando panales de huariche cuando las abejas descubren al conoedor el asiento de su tesoro en sus continuos viajes, reventando la panza de miel, cual diminutos bombarderos que cargan explosivos de néctar, bueno para la garganta, las reumas, la sangre y hasta para los callos según la farmacopea de los sabios rústicos, que confieren propiedades terapéuticas en suplencia del conocimiento y el desfondado bolsillo, obligando a apurar un vaso de sangre de venado que es lo mejor para el corazón, que ha de obrar muy a la larga pues aun no percibo sus efectos, pero de momento embalsama el paladar con gruesa capa de grasa solo desterrada con jugo de limón; pero a la tierra que fueras, haz lo que vieras y no queda sino decir lo sabrosa que está, para en la primera oportunidad escupir aliviando las convulsiones del estómago que lucha por arrojar tan saludable pócima, pero bien vale todo eso con tal de derrumbarse a la sombra de un pino, que por estas latitudes solo es posible observar en la Navidad talamontes que desnuda las sierras para vestir los hogares con pedazos de paisaje cruelmente mutilado, destruyendo lo permanente para gozar de lo transitorio, hasta que el último de los gigantes termine marchito en algún basurero. Tal es la medida de la inconciencia humana y de tal proporción serán sus consecuencias; ojalá no terminemos como los tepocates asfixiados en un charco implorando una bocanada de oxígeno.

Una intangible fibra nos une al remoto pasado, a los días de la infancia humana, para hacernos pender cual títeres a través del tiempo y el espacio; muda vivencia adormecida en las circunvoluciones cerebrales, que de improviso despierta con el tirón de una presencia olvidada, cuantas veces vegetativa. En mí,

ese invisible cordel es el viento y sé que si me hubiera tocado nacer en los inicios de la humanidad, en ellos habría materializado al dios, entendido éste como aquella magnitud de poder del elemento natural; dios de admiración, sin temor parido por la propia insignificancia en el ámbito de las fuerzas terrestres, que tanto tiempo limitaron al hombre en la puerta de Gibraltar; es aquí donde cabe contrastar a esa Europa que se autollama madre de la cultura, metiendo tímidamente los pies en el mare nostrum romano, sin atrever la mano sobre la cabeza de África, en un baño mayor bautizado mare tenebrorum; ignorado Atlántico que la imaginación pobló de monstruos y permitió al Nuevo Mundo ignorar por algunas centurias los perjuicios que su venida le causaron. Entre tanto, los inmutables nahoas gustaban su fino tabaco, dibujando senderos de humo en la cintura de América, desafiando la distancia acompañados del eterno viento Ehécatl, sembrando una cultura cimentada en el conocimiento, la observación de los astros y la mitología de dioses fecundos en la absoluta convicción de lo eterno y lo transitorio; pero habría de venir el blanco barbado a destruir lo que su antigüedad no fue capaz de crear; inconcientes instrumentos de reyes degenerados y semibestiales que sólo usaron la mano para demoler y robar hasta la última gota de oro, ese metal al que el indio consideraba sudor del Sol, del quemante Tonatiuh soberano de la altura. Mano envilecida que al fin corrompió al caer el último guerrero, legando una herencia de desigualdad, de delitos no conocidos, de enfermedades que vencieron más que la espada. Qué poco puede aliviar el inventario de sus crímenes el corazón de algunos monjes que en vano pugnaron por restañar tanta herida, tanta úlcera material y espiritual de los aventureros de Híspanla. No alcanza la talla de Las Casas, Quiroga, Aparicio, Magdalena para sanar tanta maldad en tan poco continente, Cortés y su pléyade de encomenderos que se repartieron la tierra y los hombres, como quienes heredan por perverso designio un bosque poblado de animales y disponen de ellos, olvidando una cláusula del testamento que pretendieron apropiarse, testamento escrito con sangre en un madero, que sus torpes pupilas o su mucha codicia les impidieron leer y recordar.

¡Ah! Si en el trono de los meshica no estuviera asentada la superstición, que no la cobardía de Moctezuma, si el imperio más fuerte de este mundo se ciñera en Cuauhtémoc, Cuauhpopoca,

Tetlepanquetzal o el mismo Cacama, esa turba hubiera sido echada al mar por la puerta de su arribo: Veracruz. Lección de fatales consecuencias por no escuchar el fuego de Xicoténcatl, marcó en Tlaxcala la destrucción que aun ahora subsiste con todas sus desigualdades y discriminaciones, soportando nuevas invasiones de avariciosos comerciantes y berreantes cancioneros que siguen encontrando fortuna y prez, sustentados por masas estultas ávidas de lo extranjero, ignorantes del ejemplo juarista, de los prohombres de la Reforma y la empolvada república fugitiva, pero expectante de su 5 de mayo. Hazañas perdidas en los libros con color de leyenda, acariciadas en el paisaje por el cálido viento zapoteca que reverente besa la efigie del patricio aprisionada en bronce, de la que se desgajan gruesos lagrimones de desencanto ante la diaria traición de sus ideales, nacidos de su granítica virtud indígena galvanizada por la lucha sin tregua. Positivo y negativo, luz y sombra: México indio, México criollo; Morelos y Almonte, El cobre de Oaxaca, el alabastro de Habsburgo, el incipiente bozo de Ramírez, la dorada barba de Bazaine. Si escucháramos al viento sacudiríamos el bagaje de la ignorancia para encontrar los reales valores; bastaría escuchar su voz que se cuaja en canción por las arterias del país y hacer tornar a los verdugos a la caliginosa Castilla a su vianda de pan y queso.

Hemos perdido la raíz elemental para interpretarnos y solo subsistimos en ramaje inclinado por el viento cambiante que importamos; incapaces de mantener la vertical del yo, al extremo de vender al ancestro por unas cuantas monedas en el negocio en boga, el saqueo arqueológico y de ello ¿Cuántos somos responsables? Con Porfirio Díaz se extinguió la última extremidad aferrada al pasado; yaquis y tarahumaras vendidos como reses, arrojados de su centenario solar por las bayonetas gentilmente prestadas al extranjero. ¿A cuál? A cualquiera, con tal que sea rubio, de ojos glaucos, o hable otro idioma. Cuanto deben haberse reído de los parias mexicanos que impotentes suben, por propia voluntad al patíbulo y se colocan al cuello la soga portando un atuendo humilde pero digno, de manta, de esa tela bronca que sólo puede vestir virilidad ¡Cajeme! si hubieras sido blanco la historia te dedicaría alguna página, pero el cobre es del pobre y nos es más atractiva la mano achicharrada de Mucio Scevola que tu efigie pendiendo como

macabro, pero sublime fruto del árbol de la dignidad. Sin embargo, tu sacrificio no es del todo vano, pues en él se revive la gloria de tu sangre, de esa sangre que nunca fluyó en las venas de Valentiniano, Carlos IV o Bonaparte III, ya que en tu linfa sólo hubo glóbulos de vergüenza y hombría y aunque pocos, todavía quedan algunos pechos en que anida el dolor y la pureza de tu recuerdo. ¡Malditos por siempre sean quienes atenten contra tu estirpe!

Voy por esos caminos del pasado recogiendo perdidas flechas de obsidiana y pedernal que hendieron el aire en la caza o la guerra, inquiriendo la historia y génesis de cada una de ellas; si me pudieran hablar diminutas lascas de montaña, despejaría tantas incógnitas de mí mismo; pero de la misma materia de la raza, permanecen impasibles guardando celosamente su misterio y ante el silencio la imaginación se remonta para contestar la propia inquietud no satisfecha, los insulsos textos no contienen el milagro de la realidad inmolada; si fuimos al decir de Homboldt “un pordiosero sentado en un barril de plata”, hoy somos un pordiosero intelectual sentado en un barril de ignorancia y estupidez, incapaces de ser, para permitir que los extraños nos hagan como les venga en gana, anhelando la sátira punzante de Prieto: “Ahí viene el güerito, me alegro infinito, ¡Ay hija, yo quiero por yerno un francés!

Y aquí estoy, girando como un trompo que cuando es arrojado con violencia emite un sordo roncar de madera, añoranza del tronco, la fibra perdida, y se rebela contra aquellos que le quitaron su originalidad quizás áspera, pero genuina, así le hayan vestido de múltiples colores y proporcionado un punzón que hiere a sus iguales; aunque cabe siempre esperar que el uso haga roma la punta y como dicen los pequeños expertos quede “pajita”. Relatividad constante de las cosas y los niños, pues en sus artefactos de juego se ocultan perfiles de humanidad paradójicos, vigentes, que fatalmente convergen al mundo adulto preñado de competencia y comparación. Torna el hombre a hacer suyos los aspectos negativos que también tiene la niñez, que los positivos, esos quedan para los desusados relatos de caballeros andantes y para cuando la rosa del corazón es plena de aroma y néctar; después, solo aquellos perfumes y mieles que fermenta un clima grato podrán trascender en vino generoso, sin química y hacer posible a su gusto esbozar una sonrisa y a

veces, ¿Por qué no? Romper toda la cristalería del alma en fresca carcajada, cuando no al calor del hogar disfrutar de la paz del árbol y la yacente tranquilidad de la roca, nunca turbada en el sueño del guijarro.

Haber sido y ser, meta hedonística, única fórmula para una paz real, no hipócrita como la que respiramos y deja impresa en las papilas podredumbre de sudor, porque como éste sólo se encuentra a flor de piel, modelada en el yunque del temor al castigo o la justicia y al espúreo crisol de convencionalismos de contenido comercial y egoísta; paz artificial que se erige en ara donde se inmola la honra, dignidad, vergüenza por la redondez de la moneda, dejando ocultos y destrozados en la broza de la conciencia, epitelios de reptil que desprende el hombre como la serpiente, cuando éstos son insuficientes para contener un volumen cada vez mayor de porquería y veneno, que en cuanto al ofidio se refiere pueden ser comprendidos como equilibrio cruel y brutal, pero natural y necesario en la razón de lo que es y no puede mutarse, porque tal designio es, símbolo al fin del destierro de aquel que fue creado para ser rey y se trastocó en lacayo, al ir inclinando convenencieramente la cabeza, perdidos los arrestos de la masculinidad en una autocastración indolora, que ni siquiera tiene el atenuante de ser constancia en una cicatriz, puerta por la que el macho escapó llevando consigo la forma, el empuje, el carácter, llegando a perder el dimorfismo sexual en la psique y el soma.

El niño, al menos en la medida que fui y conocí, orgullosamente profundizaba su delimitación territorial haciendo un tajo con la ceja del zapato, y se proclamaba tras su foso, señor de un castillo cuyas invisibles paredes eran el respeto de si mismo, ajeno a las presiones que encorvarán la espalda y hundirán la frente de la manada adulta, hecha excepción de algunos escasos que trepan sobre la masa y según el éxito, aspiran las atmósferas del genio o los hedores del calabozo, pero el imperativo general, la panacea soñada, es figurar, aunque deban ocultarse a las espalda graciosamente las manos, por estar tan maculadas de pisotones cosechados en los senderos de la adulación y entonces ¡oh milagro! aquel que imploró a la puerta del poderoso y alquiló incondicionalmente la voluntad y la conciencia, en ascendentes peldaños económicos y tremendos abismos de indignidad, sale alegremente del corral que su negra

industria le procura, tintineando en el cuello la melodía de la caponera que por repetitiva mueve a risa, a indiferencia, a repulsión. Ires y venires al machero de la caponera mayor, susurros, ademanes interrogantes y largos panegíricos van engrosando al bípedo reptil, que se incrusta de pedrería para desviar la mirada de quien quiera indagar el contenido del pellejo.

Y pensar que tal criatura fué el eje de las mitologías mexicanas: Quetzalcoatl, Kukulcan, Chan, Can. Ello mueve a plantear incontables porqués, tantos como la mente sea capaz de concebir: ¿miedo?, ¿admiración?, ¿respeto?, ¿superstición?, ¿conocimiento? Hay en la serpiente tanto de misterio, de atracción morbosa, que por cualquier camino es comprensible su deificación, ¿Pero cabrá admitir la existencia de sima entre el dios y la bestia? Tal vez hasta las serpientes hayan cambiado con el semen de la conquista y hoy sólo conozcamos hijastros de aquellos que de tales huevos eclosionaron. Desde los días de la niñez humana, en cuanto levantamos un pie del asfalto para hollar el campo; advertencia o memoria atávica aguza los sentidos la posibilidad de tropezarse con el Borgia del reino animal y, sí, lo he visto muchas veces al rodear un matojo, escurriendo el bulto como trozo de agua solidificado pero dúctil, creo que si pudiera tener a la vista su pequeño corazón en tal momento, me relajaría al descubrir que late con igual temor que el mío, distendiéndose ambos cual diapasones que perdieron el sonido en el juego del mutuo respeto o miedo, que permite la supervivencia de tantos antagonicos seres que infestamos el planeta. Nunca he sido atacado por el asesino, pues a diferencia del hombre suena el cascabel para advertir su presencia invitando a seguir otro camino; ninguno me ha herido, hombres no sé, pero al menos lo han intentado.

Es incontestable que por ser los únicos pensantes, al menos eso creemos, damos a las cosas valores y connotaciones arbitrarias e incongruentes, que es posible que los pobres reptiles sean receptores de las descargas de complejos de culpa siempre creciente de la humanidad y, claro, no se iba a buscar un culpable o villano en las alturas, sino donde se escupe y se defeca; qué mejor para encarnar el mal que un infeliz cegato, mudo y baldado. Bien visto eres digna de lástima, pobre serpiente; caíste del Teocali con los

demás diocesillos pero aquellos murieron una vez, tú morirás todos los días. Tu protector te olvidó perdiéndose en los mares de Levante y el último de los Chachalmecas ha mucho que con su propia sangre barnizó tus escamas de roca al pie del templo; hoy, solo eres un rictus de furia petrificada que no entienden los entenados, que no los hijos de la estirpe guerrera y un latigazo de plata que resbala en la comba celeste, cuando no el eterno fugitivo de la leyenda, asediada por tu propio mito o mi calumnia.

El tránsito por la vida en tiempos de primavera, cincela en la memoria perfiles y caracteres de hombres que al correr por los caminos de la experiencia, son valuados en el contraste de lo pretérito y lo presente para cobrar alcance y medida. Recuerdos infantiles de algunos que impresionaron la pupila y después se troquelan por el raciocinio, pues para aquilatar lo maduro hay que empezar por dejar de ser verde. Hay que caer del árbol para encontrar la raíz, tan lejana del fruto cuando éste pende de la rama; siempre junto a la tierra estará la verdad, como el origen de la onda en el agua, en el preciso sitio donde se arrojó el guijarro. Uno de esos hombres era un trabajador del rancho, de esos que por fuerza de la necesidad cubren la escala que va desde al mozo al mayordomo; enjuto como un tronco de parra y ajado como un mezquite: Jesusito “El Chucla”. Tan viejo y tan joven como engañosa es la faz y contextura de un físico que ha bebido el sol inclemente del campo, poseedor de unos ojillos, entre burlones e inquisitivos, de borrega o tecolote; desconfiados a fuerza de contemplar un panorama interior de lucha por sobrevivir, que cubre los extremos del pedigüño y el ladrón de ganado. Silencioso y en ocasiones risueño, natural en lo primero y artificioso en lo segundo; silencio rumiante de sabe que resentimientos, silencio pastor de la propia miseria o la conformidad con su destino; socarrón y medio sordo por la costumbre de escuchar reproches y vituperios, gratuitos en la infancia, plenamente ganados en la adultez por la conducta conciente que cierra los oídos ante la reclamación del patrón ante el menoscabo de su patrimonio y tal vez por encerrar en paredes de insensibilidad un residuo de culpa ahogada por el pretexto y autojustificación del hambre ancestral que no alcanza a mitigar la periódica promesa del candidato que renueva votos en los ciclos de la contienda electoral, para olvidarlos tan pronto logra el escaño. Conducta del pasivo comprensible a

través de unos lentes enfocados a lo primitivo, a la justicia tomada por propia mano, aun contra aquel que no es responsable del crimen social, pero en la larga cadena de las generaciones sobre alguien ha de revertir el Tallión de faltas desconocidas y acumuladas por tantos, que en tal miseria cifraron su riquezas, dejando al futuro la consecuencia de sus actos.

Que si el hurto es por ahogar el clamor del hambre lo justifico, por cualquiera otro motor, lo condeno; hubo tiempos en que los templos y las casas del Anáhuac carecieron de puertas y cerrojos. Tales cosas trajeron los vientos. Todavía me parece verlo arrastrando unos holgados pantalones y unos descomunales zapatos, algunos trozos de tela entre los parches, con un paso de burro apaleado por un destino fustigador e incomprensiblemente necesario en los engranes de la economía que no sabe de sufrimientos, sino de cifras y elementos que mueven su maquinaria. El verdugo, la realidad, la víctima, qué importa.

El otro, una erecta caña de maíz sin follaje, con la espalda lacerada por las arpillas del grano y las pacas de forraje. Un ojo vigilante y receloso, el otro apagado como una bala de plomo por quien sabe que ingrata circunstancia. Ojo de nebulosa que limita a la mitad la visión de una existencia ingrata: Pedro “El Tuerto”; mañoso como un caballo serrero cuyo pesebre es el paupérrimo campo, pleno de cardos y nopales a trechos alegrado por una incipiente barbilla de pasto, ignorante de las viandas que un potrero del trópico dispensa. Garganta brutal que resume cual desfondado barril tragos de mezcal en que las penas duermen por un rato, poblando la imaginación de duendecillos que murmuran que al fin y al cabo existen otros más desgraciados, engendrando los óvulos del machismo mexicano que regala la única camisa que se tiene y mata por un cerillo. Alcohol munificente y afrentoso que obsequia y asesina en la vorágine de un vivir contradictorio e indigesto aun para aquel que por toda escuela tuvo la vida y por todo texto una huidiza tortilla en que se oculta la literatura del hambre nunca satisfecha. ¡Pedro ensilla el caballo!, ¡ Pedro trae agua! ¡ Pedro, tizna a tu madre.

A diferencia de estos dos seres con grandes áreas de contacto, casi moldeadas, me tocó conocer a un polifacético

individuo llamado “Maistro Jaques”. Mezcla de albañil, charlatán, sabio teórico y pésimo práctico; paradójicamente era prieto pero chapeado y en sus facciones se escondía algún antepasado europeo, quien por toda herencia le dejó un apellido estrambótico e incongruente en su limitada ecología. Parlanchín, dicharachero y maledicente, orgulloso de ser oriundo del cañón de Juchipila, de su apelativo de oscuro origen y una gran habilidad para cachetear los ladrillos por ser “maistro de cuchara entera”; enteco y anudado, poseedor de una garganta internacional que lo mismo paladeaba un cognac que la resina del aguarrás, haciendo incomprendible que tan acartonada naturaleza pudiera contener tanto etílico; milagro de una vejiga prodigiosa y una diuresis de grifo. Siempre he encontrado en los hombres similitud con algún animal de los llamados inferiores y en el caso, se adivinaba en él un marcado complejo perruno, pues a guisa de huesos enterraba por doquier botellas de aguardiente que hacían estaciones en el ferrocarril de su vicio. Cuando el sol tramontaba los montes, armado de una rozadera brincaba al vecino sembrado a hurtar frescos manojos de alfalfa y ante el reproche de: “¡Maistro no sea ratero!”, contestaba con un sarcasmo impulsado en su criterio de justicia inmanente: “Es la ley de la cooperación, que cooperen porque estamos jodidos”. Cuando el negro capúz improvisaba su concierto de grillos, se trasladaba a otros campo de operaciones para tornar con una bolsa pletórica de rojas manzanas, correteado por los perros que le hacían dejar en la alambrada jirones del deshilachado pantalón, dejando en ocasiones al descubierto las huesudas posaderas, pero siempre riendo como chiquillo a quien la mano de la madre no puede alcanzar, tal vez porque esa madre fuera la tierra misma complaciente y benigna. Cómplice incondicional de mi padre se coludía en bromas en muchas ocasiones pesadas, de las que hacían víctimas a los desconocedores de tal pacto, siendo la mas común aquella en que mi padre llevaba la charla al extremo de que el maistro se hacía el ofendido por el tercero y lesionado en su dignidad lo retaba a singular combate, que dada su prosapia debía solucionarse en un encuentro a sable, abandonando el salón en fiera actitud para esperar al ofensor en el campo del honor, ante el desconcierto y temor del inocente que se veía constreñido a presentar múltiples disculpas para acallar la ira del retador, la parodia terminaba con agudas burlas por la cobardía demostrada.

Era pues un pillo de siete suelas, aunque en la realidad las únicas que calzaba ya hicieran tierra.

Por aquellos días en que tocaba a las puertas de la pubertad, con nudillos en que apenas insinuaba el arribo a la potencia del sexo un vello incipiente, casi temeroso de aflorar, y la garganta ensayaba sus primeras escalas de barítono en una fiesta gutural de gallos, trabé contacto con dos ganapanes que a la fecha son mis queridos amigos, al extremo de entrelazar las lianas del espíritu en una camaradería que mucho tiene de hermandad. Por orden cronológico me referiré a David, a quien por aquellos tiempos sus contemporáneos le decían “El Cuervo”, apodo que le impusieron con esa sagacidad cruel de los niños, porque a diario usaba un saco negro que una apretada economía pretendía hacer crecer cual se dice de la túnica de Cristo, a lo cual se rebelaba el desarrollo normal de la naturaleza, obligándolo a retraer los brazos, para hacer menos ostensible la presencia de las manos que pugnaban por unas mangas más largas; pecoso como huevo de cocona o una coquena, moreno, espigado y solitario empedernido, tal vez por falta de comprensión. Se acercó a mí con el pretexto o quizá la necesidad de venderme los libros de texto, usados para él, nuevos para mí y de ahí insensiblemente nos fuimos vinculando. Tenía mucho de vago, según lo proclamaba una inseparable resortera que asomaba rijosa por su bolsillo trasero y en su diestro uso estribaba su distinción mas definitiva; bueno como el pan y transparente como una gota, con la única preocupación de poner una muesca mas en la horqueta y preconizar otra hazaña. Como habría de mutarse ese afán por el de asediar a las féminas, para cuadrarle el refrán de “enamorado como un perro”. Llevaba alguna disciplina inspirada en la reciedumbre y franqueza de su padre, que aún hoy evidencia su buena madera en un físico diariamente cultivado.

Su otra obsesión era la armónica, a la que daba con fruición largos besos con sus muy regulares labios, salpicando la melodía con chispas de saliva que la hacían mas fluida en la acuática acepción, aunque cabe reconocer su innata facultad musical de la que siempre he sido envidioso; hoy merecedor ostenta los adjetivos de jayán, bergante y levantisco por su habilidad en el manejo del lenguaje calamburero y cáustico, pero en el fondo sigue siendo un muchacho

jovial y en ocasiones ingenuo, pero siempre noble y presto a dar la mano a propios y extraños; sentimentalista, poeta y bohemio incorregible, prófugo de la carpa a la que de corazón pertenece.

Mi segundo amigo con quien fue conectado por el anterior, tenía por aquellos años una contextura de fideo, precisamente por deficiencias de éste y otras viandas en la diaria pitanza; inútil es negarlo y a tal característica debía el apodo que sigue vigente “La Tirilla”; esmirriado, con unos ojos que hacen recordar al gato corriente cruzado con callejero, enojón y hurraño salvo con aquellos a quienes dispensaba su amistad, bastante testarudo y reacio a hacer amigos. Después habrían de volverse las tornas, y afortunado ahora es un magnate cachetón, rubicundo y bien yantado. No estimo ofender a mi querido amigo con la descripción anterior, pues era la realidad de la hora y todos en alguna ocasión tuvimos, o tendremos vacas flacas, de las que el hombre de carácter sacará provechoso futuro, como en la especie.

Como distintivo personal usaba una gorrita de lana o una arrogante boina scout cargada de insignias. Cristero fuera de época. Hoy sigue empecinado como muía en sus ideas, pero es hombre de vanguardia pues un tronco sano debe provenir de una semilla sana y así es en el ánimo y la conducta; quizás en ocasiones imponiéndose una rigidez acusada; su mayor pecado por aquellos días, los posteriores no me es dado revelarlos, consistía en la unión de los otros mosqueteros, trasladarse a la entonces umbría calle de Cuauhtémoc a chupar un cigarrillo faro, por ser la marca más asequible al bolsillo, dando fuertes jaladas de humo proletario, entre sobresaltos y escapadas motivadas por las luces de un lejano automóvil; a tal grado se respetaba entonces a los mayores, aunque fueran desconocidos. Hijo de militar afamado e hombre íntegro a quien siempre conservaré en la memoria como ejemplo de la alegría de vivir, con el afecto del niño al hombre; “El General”, a quien tantas veces acompañamos a su vergel huasteco y en la paz virgiliana de la noche deshilaba la madeja de los recuerdos de sus días de guerra, para narrarnos una épica historia o rasguear la guitarra con un pendenciero son o un dulce lamento de Toh, entremezclando anécdotas picantes y divertidas, hasta que cansado de la jornada con un bostezo daba la voz de acuartelarse, y en una cabaña de

troncos de palma, de la que eran inquilinos alacranes, y tarántulas, a “echar marrana” con Oscar en catres de campaña que daban cabida a nuestros magros organismos, hasta que en el cercano palmar alborotaban las chachalacas y los relámpagos verdes de Velarde cruzaban parlotando sus chismes; corría el sol atizando el horno del rancho, los estómagos rechinaban y el general se encontraba abstraído en cualquier tarea campirana, para de pronto recordar a sus acompañantes y regalarnos un succulento almuerzo en trozo de venado o rodajas de pescado hurtado al río por su mano hábil. Siempre lo recordaré chaparrito y burlón, austero en el vestir, dueño de un corazón demasiado grande para su complejión; descanse en paz el que tanto hizo la guerra.

Ya fraguada la amistad nos hicimos inseparables en correrías, incursionando casi a diario hasta los entonces lejanos tanques de la tenería que hoy ha alcanzado el brazo de la ciudad. En aquel antaño, y no habló de prehistoria, montábamos nuestros potros de acero y atravesábamos pendencieros viveros de maguey embotelladores de la alegría nacional, surcos erizados de lanzas de maíz y caminos de líquido serpeante en los canales, apedreando focos y perros con singular destreza y al final, ál bordo de los tanques circulados por pirules de robusta melena, que entablaban diálogo en el teléfono del aire que nunca carga llamadas extra.

La diabólica mente de David construía cañones con pedazos de tubo de cobre que la imprudencia cargaba exponiendo la integridad corporal, y daba gusto el retumbar de la diminuta artillería en pequeños Trafalgares y Lepantos, intercalando los disparos con mal intencionados resorterazos a la parvada de filomenas que chillaba en la fronda.

Descensos de vértigo, dominando el corcel de dos ruedas por abruptas pendientes de tierra, que la pericia y la Santísima Virgen hacían posibles para no romperse la cabeza llena de salvajismo y temeridad propia de la edad irresponsable y sana, desconocedora de la copa y la hoy tan celebrada cannabis índica. Fueron días más limpios en todos aspectos, cuando el mayor orgullo estribaba en diferenciarse de lo femenino vistiendo virilmente y con el pelo cortado casi a lo militar.

Hoy no se sabe quien se acicala más y hasta dónde lleguen esos llamado hombres, tal vez hasta desear el don de la maternidad, que el continente ya lo tienen.

Nuestra mayor satisfacción llegaba con los fines de semana, cuando se relegaban las obligaciones escolares por dos días y corríamos a la estación para abordar el tren en mañanas que hacían más frescas el placer anticipado de un par de soles en mi rancho, cargando mochilas en cuyo fondo navegaban latas de sardinas y crugientes birotos. La dieta de La Tirilla era más especial y hasta la fecha no la he visto en ningún menú: tortas de nata, de arroz y hasta de fideo, que por la lógica descomposición tomaban un color verde turquesa, motor de fiebres intestinales que al regreso dominical le postraban en cama, para que doña Cuca nos culpara de los males de su muchachito, exonerando a los culpables manjares, que por milagro no dieron con sus raquíuticos huesos en la sepultura. David cual troglodita engullía a cuchara pelona sus asquerosas portólas, hazaña que no creo en día pueda realizar, pero el estómago era nuevo y aguantaba piedras.

Arrancaba el largo chorizo del ferrocarril y en cada estación alargábamos las manos temblorosas ávidas de gorditas de chile con queso, atragantándonos para cobrar ventaja en el manoteo y avanzar una gorda más hacia las tripas, entre protestas y discusiones porque el molino de David era más efectivo y trituraba con mayor velocidad; en tanto las ruedas corrían con su monótono traca - traca invitando al sueño. Algunos campesinos de jornada más larga aceptaban, y acurrucados en el cubo de la puerta cabeceaban al compás del viaje, brindándonos la oportunidad de hacer pista en sus sombreros de anchas alas, en que depositábamos escupitajos que tomaban curvas en su carrera, haciendo tobogán de alegría ignorada por el taciturno portador de las opalescentes gemas, provocando regocijo en los pícaros convulsos por la risa. De pronto lo voz del conductor gritaba “La Ventilla” corríamos a tomar la escalera para contemplar desde la curva el campo que parecía hacía más alegre nuestra presencia y descender en la cercana estación, para desandar un kilómetro polvoriento y arribar a la casa de adobe, inquiriendo hasta donde llegarían los pollos viajeros, sin dejar de dispensar una pedrada a las aves que salían al paso, recogiendo piedras de grasa de la vía,

Parras Viejas. Vino Nuevo

seguramente salpicadas por algún viajero apurado barnizando el camino de grava y durmientes, para con tan pulquérrimas manos preparar la comida, validos de que el aire del campo todo purifica, aunque a veces creo que con ello propiciábamos cruza de ganado amibiano que hoy cobran dividendos en el ojo por ojo que tarde o temprano aparece en la vida.

Seguía la disputa por el riflecillo de un tiro que aguardaba en el ropero y a victimar conguitas, pitacoches, viejitas, “gordas con chile” que hoy sé se llaman alondras; como máximo trofeo una picuda agujeta que acechábamos y recechábamos entre las melgas de alfalfa, corriendo como demonios todo el sembrado, para en la noche acochinarse en una cama matrimonial los tres, soportar la fetidez de los remos inferiores de David, que por tal virtud se hizo mercedor al sobrenombre de “Camándulas”, pues sus botas aceitosas parecía que las boleaba con excremento, o se las había hurtado al ogro de las botas de siete leguas; no exagero al decir que una madrugada desperté con la tirilla víctimas de fuertes espasmos abdominales, alternados con vómito, entre una atmósfera de podredumbre que podía cortarse con cuchillo y tras poco buscar dimos con la fuente de los putrefactos aromas, que no era otra que las botas referidas; una ventana que se abre y los pestilentes cueros viajaron a esparcir tan ingrato perfume en la negrura de la noche, que se quejó por hacerla estuche de tan aromáticos pomos.

Los domingos por la tarde para volver a la ciudad, tornábamos a la estación en donde se mezclaban heterogéneamente labriegos, pequeños propietarios y ordeñadores con pesados botes de leche extraída a las ubres reventonas. El tren como buen mexicano quedaba adormecido en alguna parada y llegaba siempre con retraso, cual desidioso ciudadano que goza ¡hasta la ultima gota de la copa, en este caso rebosante de vida al natural, temeroso de llegar al hogar en que aguarda la reprimenda de la mujer y el disruptivo llanto de los hijos; entre tanto, todo era motivo de jolgorio comentándose los temas más diversos sin faltar piropos a las buenas mozas vestidas en policromía de acuarela, que se recataban mordiendo las trenzas de obsidiana y semiocultando la faz en el rebozo, en que bailaban confundidos el humo del jacal y un barato perfume: ¡Me gusta la retinta cabos prietos! ¡Ándele mi alma nomas dice y nos

casamos! Mujeres sencillas, con esa sencillez que hace frontera a la virginidad a los trece años, por contemplar a diario la cópula en los ganados, un sol que acelera el desarrollo de lo natural o la necesidad de la compañía en la vastedad del paisaje. Lo anterior se comprende porque tales flores pronto serán robustas matronas o palúdicos pergaminos, víctimas de un vivir azaroso que en su carne morena morderá temprano, deformador y fatal que insta a comenzar temprano pues su dureza la trocará pronto en senectud.

La mirada experta divisaba la humeante máquina que despegaba de Jaral y a poco llegaba como perro cansado entre nubes de vapor contrastante con las negras fumarolas de la chimenea, rechinando las ruedas en un patinaje pirotécnico que levantaba chispas y esquirlas en los sonoros rieles. Empujones, pujidos, múltiples golpes con canastas, costales y aves de corral se sucedían por doquier, ante la premura del maquinista que traía en los lomos diez horas de jornada y la cachucha de mil rayas le pesaba como si fueran mil barras; por fin, un violento arrancón sacudía a la abigarrada muchedumbre contra puertas y cuerpos, arrancaba el gusano de metal y vuelta a la puerta para despedir recuerdos y añoranzas en un crepúsculo hemorrágico de luz.

Invariablemente hacíamos el viaje en la plataforma, pues los humores se acumulaban en estratos a semejanza de libros, sin dejar de poner en tal biblioteca nuestro correspondiente volumen; pero siempre resultan menos molestos los propios defectos aunque sean mayores y el olfato se insensibiliza a las propias emanaciones, resaltando las ajenas. Empezaba entonces un juego del que Oscar y yo hicimos un verdadero arte; consistía en vigilar el recorrido del conductor colectando el importe de los boletos y en cuanto lo veíamos venir nos cruzábamos en sentido contrario, o nos metíamos al sanitario, dada la cercanía de las estaciones era frecuente que siendo al fin pillados, manifestáramos con desparpajo haber abordado en otra más cerca de la ciudad, evadiendo el pago de un peso fugitivo, que se anidaba reconfortante en la penumbra solitaria de la escarcela; pero a David le tocaba pagar los platos rotos y portador de un infeliz sombrero de palma o paupérrima gorra de velador, eterna como el yelmo de Mambrino, pues a la fecha existe, daba un aspecto de niño predesarrollado y en vez de

cobrarle el importe justo, el colector togado con un uniforme que en algún tiempo fue azul, le hacía desembolsar mayor cantidad, impulsándose en la plegaria nacional: “dáme nomás la suerte de encontrarme con uno más tarugo”, escabullendo un tostón más al exiguo patrimonio; tal era su destino.

En ocasiones hacíamos el viaje en camión de redilas, brincando y rebrincando en cada bache del terroso camino, llegando molidos como morcillas tras incontables golpes, cual barco azotado por olas de polvo convirtiendo los semblantes en semas gigantestas como esas bien llamadas “hoga perros” que vendían en el único comercio del rumbo; a veces cuidando muebles, costales de lana, o atisbando con curiosidad las genitales del ganado caprino; objetos y animales que por tal medio iban y venían según la necesidad. Pero hubo veces en que una responsabilidad temprana me obligó a realizar tales menesteres solo. Se perdía el atractivo de la diversión, por la metamorfosis de lo necesario y de la canícula a las calendas rutina de balidos, de animales que se atropellaban en la estrecha puerta del corral, mientras en alta voz cuenta y recuenta ovejas entre nubes de estiércol y tierra, en eterna lucha con los pastores por la pérdida de las cabezas; largas jornadas que empezaban con el Sol, se achícharaban con él y con él se despedían, zumbando las máquinas de trasquilar persiguiendo hasta el ultimo vellón. Ominoso silencio sin palabras, multicolorde orquesta de moscas; peste de hombre, de bestia, de medicina para restañar cortaduras; peste en fin de aburrimiento roto a intervalos irregulares por la risa provocada en la efigie de un arrogante semental que salía en paños menores, con un corte de lana a golpe de hacha y la cornamenta que lucía descomunal en su desnudez; la tarde se extendía cual sábana cromática en variaciones de gris y los pasos se encaminaban a la casa. Un cuerpo que se derrumba en su propio cansancio y melancolía, restañados con bálsamo de estrellas. Lejos y cerca chirriar de insectos en su diario turno.

De mis hermanos pocos recuerdos dormitan en el desván de la memoria paradójicamente, pues si con ellos emprendí el camino del vivir, lógico sería el estar saturado de vivencias; quizá la diferencia de sexo con la mayor y la de edad con los inmediatos inferiores condicionen esas ausencias, toda vez que en cuanto a mi hermana se refiere, parece que la naturaleza quisiera cuando infantiles separar los

sexos para unirlos en la adultez, cuando las dorsales masculinas son capaces de soportar el peso de las responsabilidades que tal vínculo entraña. Respecto a mis hermanos menores, por ese entonces pesaban demasiado cinco y seis años de diferencia. Sin embargo, aislados cronológicamente conservo pasajes de su incipiente actuación; mi hermana, consentida de mi padre por sobre todas las cosas, imperiosa, personalista y aristocrática, que se traducían en reposo imperial; a ratos disipado con el frenesí del baile, de presencia necesaria en toda reunión familiar, que me resultaba chocante, porque debía secundar su número con un ritmo tropical, pregonero de asistencia a las carpas, a la arena de boxeo, donde se intercalaban a los puñetazos, danzas sensuales de humildes estrellas de bajo cielo y efímero brillo. En fin, siempre he sido refractario a que propios y ajenos exhiban sus gracias ante un público aguantador por la fuerza de la sangre o la etiqueta de la amistad, aunque invariablemente eran reconocidas las facultades de Clara en el arte de Tepsícore. No siempre su contenido era puramente artístico, pues hubo ocasiones en que juntaba a los chiquillos vecinos y mediante un tostón per capita trazaba sus giros y evoluciones, improvisando un pequeño teatro en la cochera de la casa, engordando el bolsillo con la venta de dulces, refrescos y tortas en el intermedio, que por su pulquérrima preparación era frecuente se tradujeran en fiebres intestinales para los glotones, ya que dichas viandas no escapaban a la previa supervisión del perro que paseaba entre el auditorio.

El resto de la tribu era por aquellos tiempos un par de cachorros tan semejantes como la leche y el café. El mayor blanco de cuero, resabio de los bisabuelos europeos, ojos azules y pelo de jilote tierno; el otro moreno y flacucho, resabio de mestizo; en origen con profuso vello en los pabellones auriculares, que denotaban un antepasado más remoto: el mono. Ambos tenían en sus primeros años una rara fijación que los retrotraía a los primitivos mamíferos según la evolución de Darwin, concretamente al advenimiento de los cánidos en el planeta, pues en cuatro extremidades deambulaban por la vieja casona luyendo las rodillas de los pantalones; atavismo terrible que les hacía tomar sus alimentos a ras del suelo, eso sí, en immaculado plato.

Tentado estoy algunas navidades en regalarles una escudilla de plata para que revivan sus primarias tendencias.

Hubo ocasión en que el mayor acompañaba a mi madre a realizar las diarias compras en el mercado cercano, que de improvisto incrementaba el barullo natural con el grito de alguna vieja que era sorprendida por fuerte mordida en el seco zancarrón por el remedo de can, alternándose patadas, maldiciones típicas de las plazas y disculpas que presentaba la dueña de la fiera. No he sabido que haya sido objeto de análisis por los dietistas el valor nutritivo del pellejo de las parroquianas de los mercados, pero en ello debe estar sumergido algún profundo secreto, pues aquel infante es hoy un magnífico mocetón de ciento y pico de kilos sobre los lomos y casi dos metros de alzada; algo tuvieron que ver los magros y costrudos tobillos que con fruición paladeó, creándole, además un aparato digestivo privilegiado, al extremo de que en una ocasión se deglutió integro, ante el pasmo de padres, médicos y comadres, un hueso de aguacate que tras el recorrido normal, arribó a la terminal de los puñales en vías de convertirse en árbol; lástima, una sombra más que se frustró en simiente.

El menor por entonces, correspondía a la descripción que hace Jardiel Poncela en el decurso del desarrollo humano. Un montón de pelos y huesos; conocido como “El prieto”, que tras una mutación favorable se resolvió en lo que llaman los entendidos un niño bonito; orgullo y prez de la familia, siempre sangoloteado por las vecinas. Hoy sigue conservando su primigenia complexión, aunque disimula el pergamino con otros conquistados en universidades del país y el extranjero; para completar su personalidad, natura quiso concederle las virtudes ópticas del camaleón, dotándole de un estravismo que asomaba inocentón tras gruesas antiparras que a guiza de freno enderezaban los renuentes caballos de sus pupilas que pugnaban por escudriñarse mutuamente. Bravo como los acartonados chuchos de rancho era pronto de manos pare castigar las inectivas y burlas de que era objeto, poniendo a salvo previamente la cristalería del mostrador en que fulgían los coléricos ojillos, siendo peligrosísimo en el ataque por la delgadez de los puños cortantes cual puñales. Además, la naturaleza compensaba su poco tonelaje con un ardid defensivo y disuasor, mediante un notable cambio en los pigmentos de la epidermis, que al influjo de la ira se tornaba color verde oliváceo prestándole fiera apariencia, fenómeno que me explico a través de algunas crisálidas y nemátodos

de pellejo transparente, que muestran sin necesidad de disección toda su mecánica existencial. Así pues, en el caso de todo aquel aparato no era si no la muy común y corriente función de la vesícula biliar trabajando a toda máquina, traslúcido el producto que pintaba por dentro la pasión del momento.

Emulando a Alejandro Dumas en sus *Veinte años después*, hubo reedición familiar poniéndose en escena la obra Rodrigo; impresa en los clichés maternos, al cuidado de los autores. Fue un solo ejemplar pero digno colofón de los talleres familiares; conocido de origen como “la araña” se mutó en jícama haciendo inversión a la evolución de las especies, pues de un insecto devino un vegetal, echando por tierra la teoría apuntada; flagrante reto a los naturalistas que habrán de reconsiderar la validez de sus postulados. Evidente que en su advenimiento poseía características zoomórficas de tal invertebrado, según observación y diagnóstico de su hermana, como evidente es que el cincel de los días lo convirtió en tuberosa. Pero, ¿Hay algo en esta centuria que no haya sucedido? Tan conspicuo ejemplar habría de retar además el principio relativo a la cantidad de líquido que contiene la anatomía humana, pues soportó una diarrea sin llegar a agotar su interno aljibe, creo que merecía se le hubiera practicado un aforo para determinar su potencial de riego, como una aportación a los problemas del semidesierto que le dio cuna. Por fin se le encontró un empaque ad hoc, sopa de ajos, ¡caramba, que es para sorprender!

La mañana cuelga su moneda de oro en el cénit y decimos adiós ai pedregoso San Luis al introducirnos al vientre del avión, ciclópea libélula de metal que nos engulle; rugen los motores y el dardo de acero pausadamente se acomoda al final de la pista, cual si tensara la ballesta de asfalto. Todo vibra en creciente frenesí, en tanto el paisaje empieza a desfilarse cada vez más aprisa, hasta que con suave lamento la nave trasciende en el dominio de las aves. Ávidos de lo nuevo untamos la nariz en las ventanillas, para apreciar un tablero de ajedrez en variaciones de verde y ocre y después, delicados algodones de azúcar se desgarran en las alas sin sonido, improvisando fantásticas y efímeras criaturas. Olor de naftalina y encierro agudizan el ansia de vómito, mientras punzantes agujas se incrustan en los oídos haciendo olvidar el placer del viaje; tributo

Parras Viejas.
Vino Nuevo

de novatez en tales lides, que es aliviado por la aeromoza que invita pastillas de menta y chicles que trituran febrilmente las mandíbulas para descargar la presión auricular. Coquetea el avión con la ciudad que se insinúa en lontananza y por fin desciende invitado a descansar por los albeantes edificios del puerto aéreo, asomamos tímidamente a lo desconocido y éste nos recibe con una ardiente bocanada de aire que lastima el rostro y hace añorar el entonces buen clima de nuestra tierra.

Y después, tal vez después, volverán las palabras a recordar la vida adormecida en la memoria.

Francisco Artolózaga Noriega

PRIMER POEMA

OH VIRGEN MÍA

Es mes de mayo
mes de las flores y la alegría,
en que las niñas, van a ofrecerte
cual palomitas,
! Oh Virgen pía
mil lindas flores y margaritas!

En tus Iglesias huele a copales
y a incienso santo,
y en el ambiente
todo es amor
y todo paz, que se nos entra
muy dulcemente.

SÍ ante tu imagen, emocionado
me postró yo,
¡ Oh dulce Madre todo bondad
te pido luego, con toda el alma,
que no me dejes
nunca, jamás!

Mayo de 1951.

DIOS

Dios es Aquél que va unciendo las yuntas
y barbechando senderos
para ir sembrando los hombres

Parras Viejas.
Vino Nuevo

y cosechando las flores;
si lo quieres hallar vete temprano,
lejos del suelo y los humanos lares.

Lleva un manto de prístina neblina
tejido con las lágrimas del campo
y al húmedo cristal de la mañana
regala los sonidos de las aves;
su voz cabalga con el suave viento
y se duerme en la fronda de los bosques.

Dios no es duda, es verdad,
himno en la sangre.

Dios es padre que siempre va contigo
asido a la razón de ser tu amigo
y en la eterna constancia de entregarse
de tanto amarte te volvió su hijo.

Dios es tan grande que no tiene nombre
y soñando en que fueras te hizo un hombre;
Dios que vive por siempre entre tus venas
se corona de espina por tus penas.

Dios es Aquel que las nubes
va tejiendo con lana de corderos.
Dios es eso, la cumbre y el abismo,
Dios es todo y por eso, eres tu mismo.

A MI MADRE

Oye muchacha, ¿Por qué eres tan bella?
Con tus ojos negros, con tu pelo bruno;
con esa sonrisa que nunca, ninguno,
alcanzó a ser dueño por ser una estrella.

Parras Viejas. Vino Nuevo

Te amé en mí semilla, antes de ser niño;
cercana y distante fuiste tierra y luna.
En tí hallé consuelo, ternura y fortuna
perfume en tu aliento y en tu voz cariño.

Me diste mil besos, a cuenta de miles;
mil tiernos arrullos, mil tiernas caricias.
Fueron mis anhelos, mis caras delicias,
sentir en el rostro tus dedos gentiles.

Me diste las flores de tu primavera
blancas y ligeras como mariposas;
amor encendido, de encendidas rosas,
cariños, desvelos y la vida entera.

Tanto, tanto diste que en mi desazón
hoy comprendo tarde porque te ausentaste;
si todo lo diste, si nada dejaste,
pues nos regalaste hasta el corazón.

Siempre vas conmigo, si canto o si lloro;
presa del recuerdo, soñando en mirarte.
Te fuiste tan pronto, con la luz que parte
dejando en el alma soledad y azoro.

En mi pecho de hombre con el alma herida
se abatió la noche con profundo abismo
asistí a tu muerte, muriendo yo mismo
y un trozo del alma se fue en tu partida.

Las gotas del tiempo llamado destino
por dulces o amargas como el vino añejo,
moldearon la vida y en ese camino,
tú te has vuelto joven, yo me he vuelto viejo.

Y aquella que fuera en mi casa señora,
madre de racimos cual parra en la viña;
quien me dio su vida, su tarde y su aurora,
hoy vive en el pecho templo que la adora;

Parras Viejas.
Vino Nuevo

¡No cantes jilguero que duerme mi niña!
Cuando bebo acíbar que me da el desvelo
inrepro al misterio tu temprano adiós;
triste y dolorido comprendo que Dios
falto de cariño te llevó a su cielo.

TE QUIERO TANTO ASÍ

Te quiero tanto así que si pudiera
evitarte el dolor y el desengaño,
mil veces a la vida le pidiera
me hiera a mí, por no causarte daño.

Te quiero tanto así que si pudiera
evitar que en tus ojos haya pena,
llorara cada instante si supiera
que con ello te evito esa condena.

Te quiero tanto así que si pudiera
mirar por siempre tus tranquilos ojos,
cada instante a la vida bendijera
olvidando el dolor y los abrojos.

Te quiero tanto así que si pudiera
volver el tiempo hasta tus días de niño,
mil caricias y besos yo te diera
cuando fue silencioso mi cariño.

Te quiero tanto así que si pudiera
causarte llanto porque yo he vivido,
al cielo pediría no haber nacido
mi caro amor, porque tú no nacieras.

Porque sé que la luz que te encamina
habrá de guiarte por senderos suaves,
que si bien en las rosas hay espinas,

Parras Viejas. Vino Nuevo

sobre ellas volarás como las aves.
No habrá distancia que de ti me aparte,
ni tiempo que quebrante mis empeños
si me llamas iré pronto a buscarte
y en cada noche velaré tus sueños.

A mis labios dormidos los vistiera
con frases amorosas y con besos,
cada noche en tus sueños descubriera
al ángel que invocabas en tus rezos.

No dudes nunca que te quiero tanto
que solo por tí lucho y por tí existo
y que en noches nubladas por el llanto
testigo de este amor, sólo fué Cristo.

Aunque nadie te quiera, yo te quiero,
aunque todos te olviden, no te olvido,
si nacida de mi por tí yo muero,
habrás de hallar en mi cariño un nido.

Y te hago una promesa, que en la vida,
tan llena de traiciones y de ardides,
llevaré yo tu amor en mi partida
y moriré cuando de mí te olvides.

Te quiero tanto así, que si pudiera,
ser oído por Dios en mi quimera,
por mirar tu milagro le pidiera,
nacer mil veces, para que tú, nacieras.

SE LLAMABA FLOR

Hace tiempo, tanto tiempo,
que llegaste a mi cariño,
ahora yo ya bien me acuerdo,

Parras Viejas.
Vino Nuevo

que te soñaba de niño.
Te sentí una madrugada
en un beso de neblina
y me diste, flor amada,
un perfume sin espina.

Florecita idolatrada
de los pétalos de miel,
que me has dado enamorada
la fragancia de tu piel
y el fulgor de tu mirada
me ha llegado a enloquecer.

Eres cristal de mañana
y fuego cuando el sol muere,
rocío cuando el alma quiere
besar una flor temprana.

Nunca supe yo tu nombre;
nube, flor o mariposa,
sutil aroma de rosa
que en tu jardín me hice un hombre.

...Flor que Dios hizo mujer.

POR SIEMPRE RECORDAR

A Doña Elena Noriega Garfías

Si la ausencia es olvidar
no hay ausencia en mi camino;
recordar es mi destino
para poder caminar.

Y te construyo presente
pues tu ausencia no concibo
y recordándote vivo,

Parras Viejas.
Vino Nuevo

por más que te crean ausente.

Fuiste en verdad rara flor
en la cumbre y el abismo,
un milagro que en sí mismo,
enseñó lo que es amor.

Fina efigie de cristal
que vivió para dar vida,
olvidando toda herida
cuando te causaron mal.

Dejaste tu propia huella
y con alma de alabastro
fuiste vuelo, nunca rastro;
tu signo fué ser estrella,

Sueño pensar que otro nido
te premia por lo que diste,
pues la ausencia sólo existe,
si lo permite el olvido.

UNA VEZ

Una vez a la semana
voy por ahí, voy por ahí;
recordando viejos rastros,
embriagado por los astros
con que de niño soñé.

Una vez a la semana
vivo sin tí, vivo sin tí;
habitando en soledad
la voz de la libertad
que solo, solo encontré.

Una vez a la semana
yo soy feliz, yo soy feliz;

Parras Viejas. Vino Nuevo

arropado en los maizales,
entre cantos de zorzales
con los que un día desperté.

Una vez a la semana
me encuentro a mí, me encuentro a mí;
en la entraña de la tierra
cuando el sol mis ojos cierra.
pensando en que soñaré.

CAMINANDO

(canción)

Caminando, caminando,
entristeció mi camino,
el tiempo me fui gastando,
sin comprender mi destino.

Pero al volver la cabeza
vi que nacer es morir,
hijo en tí, mi vida empieza
y ahora te quiero decir:

Vale la vida por eso,
por la risa, por el llanto,
por la lágrima y el canto,
por el regaño y el beso.

Amo la vida por todo,
por lo que me dijo adiós,
por lo que vino sin lodo,
por lo que vino de Dios.

Amar es llevar muy fijos
flores de hoy, sueños añejos,

Parras Viejas.
Vino Nuevo

es contemplar a mis viejos,
en el rostro de mis hijos.
¡Hijo, te miro y me veo,
semilla de mi corazón!

ALGORTA

El milagro de verlos va en la mente
transido del dolor de la partida;
un trasunto de vida por la vida,
el verter el pasado en el presente.

Con alas de gaviota y de milano
fué el alma prisionera de un anhelo;
zurcar el viento por mirar el suelo
que hizo a tu abuelo y a mi abuelo hermano.

A esa añosa casona, el Puerto Viejo,
me ha traído el soñar de mis raíces,
con canción inventada en mis maíces,
traspolada la vid del vino añejo.

Prisionero por siempre irá en los ojos
un bosque de magníficas melenas
cabelleras que Dios, a manos llenas,
donó a esta tierra de celajes rojos.

Eguzqui y Tonatiuh, fuego divino,
en Euzkadi y Aztlán dieron la pauta
al ancestro y la sangre, antiguo nauta,
que hoy regresa a sus huellas el camino.

Feliz reencuentro con mi sangre y raza,
caro placer que me prestó la vida
de buscar en el mar, huella y partida

Parras Viejas.
Vino Nuevo

en espumas y nubes que hacen traza.
De un terrón que de azúcar en Algorta
pide al Sol que en distante lejanía,
diga al rubio emigrante que es el día
en que ha vuelto su sangre fiel y absorta.

Ya nada sera igual, quedo cautivo
del Golfo de Bizkaia y de sus riscos,
de cencerros, de ovejas y de apriscos,
del tiempo en que viví, sin estar vivo.

UN SONATA POR MANUEL MARÍA

Ya entró la golondrina a otro verano
por las calles tortuosas del Fresnillo
y al foso de sus minas muy temprano,
asoma el Sol con su dorado brillo.

El canjilón en su quejar lejano
inquieta el sueño del dormido grillo
y en el atril del peñasal cercano
desparrama su canto el pajarillo.

La plata adormecida en las campanas
apresura rebozos que se van,
susurrando asomados a ventanas.

y a las huertas de místicas manzanas
que acaricia el aroma del buen pan,
horneado entre el rezar de las hermanas.

Van los recuerdos por el viento añejos
al conjuro de vela derretida;
al musgo asidos de los muros viejos,

Parras Viejas. Vino Nuevo

huellas que el tiempo abandonó en su huída.
El agua adormecida en los espejos
aún guarda tu presencia retenida,
y en plata prisionera en sus reflejos
quedó tu rostro, aunque se fue tu vida.

Por ventanas bordadas en cantera
la luz penetra con curiosos ojos
tu casona, magnífica y austera.

Secreto empedernido en la madera
tras duros aldabones y cerrojos
brinda el quicio a la noche que te espera.

El silencio que habita sus rincones
es guardián carcelero del sonido, y
atesora de antiguas oraciones
el perfume de incienso consumido.

Al humo ennegrecido de velones
persiste en su añoranza lo vivido,
el zaguán, en vigilia de canciones,
abriga en su ternura un roto nido...

La vida se marchó tan suavemente
que cuenta no se dio la dura piedra
y te conserva en su soñar presente.

Aún te busca, solícita y vehemente,
en tapias que abrazadas por la hiedra
no conciben jamás, que estés ausente.

Mas morir no es partir, porque la muerte,
consume la materia y no destruye,
sólo la carne posesión inerte
vuelve a la tierra, pero el alma huye.

Sólo el olvido por oscura suerte

Parras Viejas. Vino Nuevo

tiene el don de matar, pero si fluye
la voz que el alma en el soñar despierte,
sobre la ausencia el recordar construye.

Aquellos que cual tú sobre la tierra
imprimieron su huella en las baldosas,
sembraron la semilla que se aferra,

cual ciprés taciturno que se entierra
y fractura y libera de sus losas,
la mariposa que el capullo encierra

y torno a reencontrarte en el paisaje
en que persistes para siempre preso,
confundidos tu sueño y el celaje
en un profundo y amoroso beso.

La fronda que te presta su ropaje
acaricia tu oído con su rezo,
mientras luna hilandera borda encaje
al dulce sollozar del “intermezzo”.

Diamantes que prestaron las estrellas
camino hicieron a tu mente nauta,
alumbrada con fúlgidas estrellas.

Pajareras tus manos sin querellas
capturaron gorriones en la pauta
enamorados de sus rejas bellas.

Cual cumbre por la nieve coronada
se yergue tu romántica cabeza.
Urna de sueños que la brisa helada
tornó más blanca en su invernal crudeza...

Es espuma que viaja aprisionada
al borde de una ola con tristeza,
o niebla que se encuentra desmayada

Parras Viejas. Vino Nuevo

sobre una cresta que en silencio reza.
Vapor de fragua que a volar incita en
alas de paloma o de querube,
con la música suave en que dormita

y se eleva hasta el cielo donde habita
tu pensamiento convertido en nube,
arrobada al fulgor de una “estrellita”.

Oigo el silbo del viento “entre las frondas”
que ensaya un coro en el pinar lejano
y agita en el maizal las cañas blondas
con invisible y cariñosa mano

y luego el manantial de dulces ondas
que brotan al marfil de un viejo piano,
y se van por las calles como rondas
con voces de cristal que intenta en vano

copiar el ave en su pulido canto.
Al hierro de un farol penden cual gota
que congelara del teclado el llanto.

Por un cielo que viste el amaranto
ya navega una prístina “gavota”
de tu alma florecida cual encanto.

La tarde va intentando despedida
en el gris taciturno del ocaso;
la sombra, por los muros ascendida,
cerca tu casa en sigiloso abrazo.

Ya se duerme tu pueblo y evadida
tu música se abriga en su regazo;
y es la novia por noche sorprendida,
paseando por la calle de tu brazo.

Perfuma el callejón la melodía
cual flor nacida de tu pecho al huerto,

Parras Viejas.
Vino Nuevo

en que el genio sembró nota y poesía.
A la luz del amor que en ti porfía
el Fresnillo musita en su concierto
una sonata por Manuel María.

FUEGO Y SOL

Me gusta el sol en el momento breve,
fuego que fuego en abrazar parece
en la luz que es tibieza que adormece
al nacer y morir en fuego leve.

Orto que el disco en horizonte eleve
un incendio dorado en que se mece,
la magia de la luz cuando amanece;
cual fantasma incoloro que se mueve.

Sol que en llamas consume los confines
desde el nacer al tramontar montañas,
jugando sombra y luz por ser afines.

En rayos de flotantes telarañas
llena el campo de voces y festines
orlando en oro las dormidas cañas.

LA GUITARRA DE MI MADRE

(canción)

Ahora te canto guitarra
mi corazón de madera,
árbol que un día en la ladera

Parras Viejas. Vino Nuevo

aprendió de la cigarra.
Cuando la pena me mata
por las traiciones aviesas
acompañas mis tristezas
con seis gargantas de plata.

Esa tarde cuando lejos,
donde anidan mis gorriones,
uniste tres corazones
cuando canté con mis viejos.

Porque te das a mí amor
nunca te muestras esquiva,
cuando mi mano cautiva
tus formas sin deshonor.

Mi guitarra hasta la muerte
irás a mi amor prendida,
acompañándome en vida
y compartiendo mi suerte

AMANECER

Se despiertan las guitarras
para cantarle a mi tierra
y entre un coro de cigarras
se asoma el Sol en la sierra.

Las cabrillas van colgando
arando en el horizonte
y los gorriones cantando
en lo tupido del monte.

Con nube de plata y seda
lleva un rebozo la luna,
en los nopales se enreda,

Parras Viejas.
Vino Nuevo

la neblina con la tuna.
Las estrellas desensillan
a sus caballos luceros,
hacia los lienzos se orillan,
se van para otros potreros.

Un mosaico de zenzontles
desvela la flor temprana,
la luz entre los tezontles
viene sembrando mañana.

Las flores del polocote
regalan color y aroma
y el aullido de un coyote
saluda al sol en la loma.

Alborotados los gallos
lucen sus plumas de fuego,
mientras relinchan caballos
que lleva al surco el labriego.

Se pinta de grana el cielo
y el campo suelta su voz,
aves y nubes en vuelo,
se elevan buscando a Dios.

AL MILAGRO DE LOS NIETOS

Duerme sereno mi niño
Dios te guarda desde el cielo
y con su dulce cariño
pone en tus ojos un velo.

Con la noche por capúz,
y tus pijamas por galas,
otro niño, el buen Jesús

Parras Viejas. Vino Nuevo

te está tejiendo unas alas.
Un ángel tu sueño cuida,
va sembrando flores bellas,
forjando para tu vida,
un caminito de estrellas.

Deja tus manos tranquilas
de juegos y de caricias,
sube al barco, ya te enfilas,
hacia otras playas de albricias.

Un rebaño de ovejitas
va pastoreando la luna,
al soñar, como arenitas,
las vas contando, una a una.

Viaja en cauda de luceros
que te envuelven en sus brillos,
bajo dormidos aleros
cantan para tí los grillos.

Lleva en tu mano una rosa
de color y aroma fino,
al hombre que en ti reposa
lo está esperando el camino.

Goza pajarito el nido
de tibiezas y consuelos,
mientras descansas dormido,
bien te cuidan tus abuelos.

MI MÉXICO

(canción)

Mi México en el nopal
grabó el corazón entero,
el águila nacional,

Parras Viejas. Vino Nuevo

el águila que más quiero.
En sus templos de tezontle
donde anida tradición,
canta el pájaro zenzontle
del paisaje su canción.

Por eso yo a tí
te canto mi tierra;
porque vive en mí
tu llano y tu sierra.

Muy temprano en mi maizal
entre arrullos de paloma,
me gusta ver mi jacal
asomándose en la loma.

En sus tejas coloradas,
donde se adormece el sol,
sueñan mazorcas doradas
y perfuma el girasol.

Por eso yo a ti
Te canto mestiza,
porque vive en mí
Tu barro y tu ceniza.

Mexicano por fortuna
soy el rey de la baraja,
fui criado con miel de tuna
y en un petate de paja.

México, tu nombre lleva
cantos, perfumes y flores
que hacen que del cielo llueva,
la esencia de mis amores.

REBOZO

Rebozo es la prenda fina,
de mis mujeres ropaje,
que en los telares afina
la historia del mestizaje.

En su plata la tersura,
tejió con hilos de luna,
porque arropó en su blancura
de una raza su fortuna.

Guarda tristezas añejas
y lágrimas cual escarcha,
penas, arrullos y quejas,
y sonrojos de muchacha.

Es cual espuma de río
y nieve de mis montañas,
prenda que usa el mujerío,
con cualidades extrañas.

Es pulcritud, candidez;
olor de jacal y tierra,
asomo de timidez,
misterio que su alma encierra.

Alegre en una charreada
y morral en la batalla,
calor en la madrugada
cuando el arao tira raya.

Rebozo eres pajarero
que en su reja tornasol,
hizo al gorrión prisionero
y a un rubio rayo de sol.

Entre un sueño de maizales
llevas rojo en las mejillas,

Parras Viejas.
Vino Nuevo

que robaste a los nopales
en sangre de cochinillas.

Arropando chilpayates
y colando el humo viejo,
haces jaula a los zanates
en tejido rapacejo.

Nacido en Santa María
sirve de cuna y mortaja
y duerme en la tierra mía
que lo cobija en su caja.

EL TEQUILA

Yo no sé, ¿por qué el tequila
me hace recordar tu amor?
Si las copas pongo en fila,
vuelvo a sentir tu calor.

La guitarra me acompaña
y entre sus notas me pierdo,
pero siempre te das maña
pa clavarme tu recuerdo.

Entre el humo del cigarro
me persigue tu costumbre
y cuando casi te agarro
solo eres ceniza y lumbre.

Si me voy pa los potreros
ahí te vuelvo a encontrar,
donde cantan los jilgueros
y la milpa oigo llorar.

Parras Viejas.
Vino Nuevo

Yo quisiera, de a de veras,
arrancarte de un tirón
y pedirte que te fueras.
con todo y mi corazón.

Voy a echarte unas parejas
y te tengo que ganar
o de plano ya me dejás
o en tequila me he de ahogar.

Con las copas hechas fila
vuelvo a sentir tu calor,
ya verás que con tequila
voy a apagar este amor;
ya verás que con tequila
voy a curar mi dolor.

MAÑANA CUANDO ME VAYA
(canción)

Mañana cuando me vaya
porque no siendo viejo soy de ayer,
¿Qué me llevaré en el alma?

Cuántas alegrías vividas,
cuántas calladas heridas
que hacen el diario vivir.

Una mañanita rubia,
el frescor de alguna lluvia,
cuanto yo pude sentir.

Mis hijos caros empeños
que en mis noches fueron sueños
y mi razón de existir.
Mañana cuando me vaya...

Parras Viejas. Vino Nuevo

La pasión no razonada
que fué por mi amor amada
y no me supo entender.

mis goces y mis desdichas
cuantas ternuras no dichas
por timidez o abandono,

Un ramillete de flores
que placeres y dolores
formaron sin yo querer.

Mañana cuando me vaya...

Cuánta risa, cuánto llanto,
mucho duelo, algo de canto
la alegría y el padecer.

El infierno y el edén,
el haber obrado bien,
la verdad como camino.

La paz que llevo conmigo,
porque de todos fui amigo
sin combatir su verdad.

Mañana cuando me vaya...

Un mañana que no aterra
que aunque mi cuna es de tierra
el cielo invita a subir.

Me iré sin resentimiento,
adormecido en el viento
que convida a caminar.

Dejaré que otro adivine
si alguna vez, si un día vine,
o fui un sueño nada más.

A DON GERMÁN STAHL GUERRA

Hay ausencias que duelen caro amigo
ante el viaje final de la existencia
y se empeña el recuerdo en la presencia
de quien en versos encontró el abrigo.

Tesorero de letras vaporosas
fué su sueño un arcón de sentimiento,
de frases acunadas por el viento
por poetas, por aves y por rosas.

Al otoño fugaz, luces difusas,
prestaron alas al postrero vuelo
de su viaje gentil allá en el cielo,
ya saldrán a encontrarlo nueve musas.

Don Germán, compañero de ansiedades
por sentir, por viajar en frases bellas,
habite para siempre en las estrellas,
ausente el corazón de soledades.

LA SEMILLA

En la mano ve llevando
lo mejor de tu semilla
y al caminar ve sembrando
sin importarte la orilla.
Siembra lo propio y lo ajeno
que es de nadie y de los dos
que el viento, el fuego y el trueno,
sólo pertenece a Dios.

Piensa en tu madre al amar
y en tu padre ve el honor,

Parras Viejas.
Vino Nuevo

que tus hijos sea un cantar
donde olvides el dolor.

Encuentra la dicha en dar
y nunca en el recibir,
que es hermoso caminar
sin deudas en el vivir.

No envidies quien tenga más
sino al que vive mejor,
pues en la vida jamás,
el dinero compra amor.

SEÑORA

Divino privilegio te hizo madre
dando cinco milagros a tu vida
y cual tierra fecunda trascendida,
siembra hiciste en tu vientre sin alarde

Nada iguala el prodigio bendecido
encerrado en la magia de tu nombre;
ser el mismo crisol que por ser hombre,
Jesucristo eligió al haber nacido.

Enfrentaste y venciste duros retos
aprendiendo a ser madre con tus hijos,
que hoy te ofrecen cariños y acertijos
en la hermosa cosecha de los nietos.
Si a veces al andar la senda pierdo
torno en tus ojos a encontrar la luz
y en tus brazos abiertos cual la cruz
me arropas en el humo del recuerdo.

PARA ENTONCES

Habrás de acostumbrarte a mi partida
cuando tramonte el Sol mi última tarde;
el alma liberada, sin alarde,
no sabrá del placer, ni de la herida.

Brindará mi jardín su postrer rosa,
blanca cual nieve en rosicler celaje
y la luz incendiada en el paisaje,
fingirá en el confín ser mariposa

El ave que hizo rama en mi garganta
a Dios dedicará su mejor trino,
liberada del polvo del camino
será otra voz que agradecida canta

El alma de su cárcel evadida
volará suspendida en suave viento;
sin lágrimas dará su último aliento
respirando al nacer, a nueva vida.

TONANTZIN

(canción)

Piel de cobre y de canela
de Tonantzin mexicana,
que en una fresca mañana
sembró de rosas la tela.

En el ayate del hombre
hecho de su sangre y beso,
dejó para siempre preso
el milagro de su nombre.

Parras Viejas.
Vino Nuevo

Guadalupe, la del cerro,
no quiso ser madre de otros,
mexicana por nosotros,
sin templo, cuna ni encierro.

Manos de tierra morena
que bendicen chilpayates,
arropados en ayates,
soñando en la madre buena.

Eres eclipse de luna
Señora de las estrellas;
la de las pupilas bellas
india y madre cual ninguna.
Deja llegarte mi canto
con pájaros trovadores,
zenzontles, madrugadores,
con voz de viento y de llanto.

Mi prietita consentida
Virgen de barro y ceniza,
quiero entregarte sin prisa,
entre tus manos mi vida.

Tú que le brindas consuelo
al que llora en tu regazo,
permite que en un abrazo
viaje contigo hasta el cielo.

RECUERDO PARA UN POETA

A don Alfonso Fernández del Busto.

Nunca la ausencia la entiendo
como pretexto de olvido
y al presente lo convido
a compartir el viviendo.

Parras Viejas. Vino Nuevo

Alejarse no es morir
cuando distancia no existe,
la memoria se resiste
y se obstina en el vivir.

En tal recordar conservo
a quien puse muchos nombres,
al hermano de los hombres,
al sentimiento hecho verbo.

Hombre de dos corazones
partidos en el querer;
de sus hijos, su mujer,
sus versos y sus canciones.

Y lo contemplo perdido
entre las cosas del campo;
con la lluvia, con el lampo
y entre su huerto florido.

Meciéndose en los ocasos,
arrobado en los celajes,
aprisionando paisajes
con los ojos y los brazos.

Enamorando a las flores
con sus pinceles de viento,
resumando sentimiento
con palabras de colores.

Absorbiendo en las pupilas
días cristalinos y suaves,
trinos de canoras aves
y las montañas tranquilas.

Voces de majada triste,
surcos de heridas feraces;
esos profundos enlaces
del que sencillo se viste.

Parras Viejas.
Vino Nuevo

Del que sólo tuvo voz
para llamar a las cosas,
a los abrojos y rosas,
a la obra inmensa de Dios.

Al que encontrara en el agua,
en el rito de la lluvia,
en la mies tostada y rubia
su corazón hecho fragua.

Al que habló con el cultivo
y al caminar fue sembrando,
siempre en la mano llevando
una corona de olivo.

Al que perfumó el camino
con palabras de hermosura,
al que trocó la amargura
por una copa de vino.

Estos recuerdos los digo
al que se fue y no se ha ido,
al que sólo está dormido,
al que es y será mi amigo.

EN BROMAS VERAS

Entre unas nubes difusas
brillan las barbas de plata,
del que no siendo pirata,
se robó a las nueve musas.

Y la décima es mentira
que Sor Juana sea llamada,
Sor Lenis, su bien amada,

desde su pecho lo inspira.

MELANCOLÍA

Hablar de soledad tristeza y viento,
O llorar por vivir de sentimiento,
Y triste de morir lo ya vivido,
Hoy me obliga a decir del tiempo ido.

Me siento, solo, solo, solo, solo,
En esta soledad solo conmigo,
Me encuentro triste, triste, triste, triste.
Que en mi triste tristeza hay un amigo.

Estoy tan lejos, lejos, lejos, lejos,
En esta lejanía lejos de todo,
De noche muero, muero, muero, muero,
Pues lágrimas y tierra se hacen lodo.

A veces vivo, vivo, vivo, vivo,
Que viviendo al vivir vivo cautivo,
Pues cuando lloro, lloro, lloro, lloro,
Llorando por llorar a veces vivo.

A veces siento, siento, siento, siento,
En mi oscuro sentir del sentimiento,
Si vuelo pienso, pienso, pienso, pienso,
Que pensar es volar sin pensamiento.

Porque tan solo triste y tan lejano,
Soñando en la tristeza de mi sueño;
Lloro al vivir por convertirme en dueño,
De la muerte que es la vida en el arcano.

**A DON JOSÉ DIAZ INFANTE Y JASSO
TRES SONETOS EN SAN ISIDRO**

Se forman al conjuro en negro manto
multiformes fantasmas en el cielo;
arrastran su silente terciopelo
doliente procesión sin voz, ni llanto.

Duerme en la fronda del jilguero el canto
dominando en sus alas miedo al vuelo,
viene y va, rama a rama con su anhelo
escuchando el silencio de amaranto.

Quejumbrosa escabulle la perdiz,
su tímida silueta en los matojos
ocultando entre gris, su manto gris.

El viento como pálido deslíz
va danzando entre breñas y despojos
cual fauno melancólico y feliz.

El Boreas que cabalga a su albedrío
borbotones de nubes cruel azota,
despertando al silencio de su hastío
rueda sonidos de montaña rota.

Se eleva el farallón en desafío
al trueno cegador que lejos flota
y a maleza agitada en desvarío,
calma la sed la cristalina gota.

Explosiones gigantes en la altura
horadan el cristal del infinito
con cendales brutales de negrura.

Al último celaje el Sol apura
la voz del vendabal que lleva un grito
a la cumbre sedienta, sola y dura.

Parras Viejas. Vino Nuevo

En la llanura soledad salobre
son mendrugos por sed las secas ramas,
donde trepa un viril gallo de cobre
que apresa al sol en su plumaje en llamas.

En tanto el tronco del peñasco sobre,
cuenta al erial aterradores dramas;
de hojarasca que vaga sola y pobre;
piel de la tierra que tornóse escamas.

El Sol occiduo en el espacio cuela
rubias saetas en que el polvo danza
por dolida y reseca lontananza.

La brisa al monte en su cantar desvela
y en brusco giro al peñascal alcanza
herida por la luz que un trueno lanza.

EL ENCIERRO

(canción)

Los toros van retozando
por el filo de la sierra,
sus pezuñas van trozando
las duras piedras de las veredas.

Y bajan por los linderos
que forman la magueyada,
soberbios van presumiendo
su noble orgullo, de casta brava.

El grito de los vaqueros:
¡ Aja toro ! va volando,
se miran sudar los cueros
los caballos van bailando.

Parras Viejas. Vino Nuevo

Relampaguean las espuelas
destellos de plata y fierro,
son vísperas de la feria;
hay que escoger el encierro.

Un gorrión enamorado
canta triste por las lomas
y un gavián colorado
va espantando a las palomas.

Los toros vienen venteando
las vacas por los breñales,
furiosos viene bramando,
despedazando los matorrales.

Y con sus cuernos puntales
como dos puñales negros,
juegan reyertas gitanas
con los mezquites de los potreros.

Por la tarde los coyotes
aullan entre la bruma.
se esconden tras los mogotes
mientras que sale la luna.

El Sol se lleva las quejas
y cae la noche serena,
rezan rosarios las viejas
por las ánimas en pena.
En las piedras del corral
se termina la jornada,
desensilla el caporal
y se aquieta la manada.

Los camperos hacen fuego
con la leña de un encino,
los toros están serenos,
aguardando su destino.

La Luna su plata moja
en el espejo del río
y un vaquero espanta el frío
con un cigarrillo de hoja.

CUANDO SÓLO

Cuando sólo te quede
el recuerdo de un beso,
amargor de un regaño
o en el muro un retrato.

Si por sólo en un rato
entre sombras ya preso,
sin memoria del año
mi presencia te obsede;

sin agobio de historia,
viendo atrás al camino,
poblará tu memoria
cual trasiego en recuerdo.

Andaré yo a tu lado,
aunque ya no me vieras
y seré en tu costado
corazón, donde fueras;
no estarás solitario
de cariño ni amigo;
te prometo que a diario
viviré yo contigo.

PARA CUANDO SOLO

Nunca, nunca llores,
nunca, nunca digas
que te sientes triste.

Nunca, nunca sufras,
nunca, nunca sientas
en tu pecho frío.

Porque cuando llores,
porque cuando sientas,
porque cuando sufras,
es que habrás vivido.

Nunca, nunca ausente,
nunca, nunca aliente
en tu alma el miedo.

Nunca, nunca temas
que la noche llegue
con su manto negro.

Porque cuando temas
porque estés muy solo
siempre habrá un amigo,
Dios irá contigo.

A JOSÉ MARÍA ARTOLÓZAGA ARANA

Abuelo ojos de mar, ojos de cielo,
dueños de lo profundo y de la altura,
cual zafiros, prisiones que en su celo,
guardan la luz desde la noche oscura.

Parras Viejas. Vino Nuevo

Al mirarlos me encuentro en tu mirada
donde siempre y por siempre preso vivo,
yo sé que adivinaste mi llegada
al hacerme por sangre, tu cautivo.

¡Qué misterio insondable el de tus ojos!
¡Qué serena quietud en tus pupilas;
ausente del abismo y sus abrojos
en limpios astros al mirar cintilas.

En tu casa, con sueño de paloma
viven presos los años sin ausencia
de mirada infantil que al mar se asoma,
de un azul que robara su presencia.

Luego las alas sobre el agua abiertas
en búsqueda febril de nueva vida,
ave gentil que abandonó sus puertas
dejando madre y tierra en su partida.

La mar ennegrecida por el llanto,
diamantes que a la tierra humedecieron
sembraron en tu pecho un nuevo canto
y tierra, Sol y mar, te despidieron.

¿Qué emociones brutales te acosaron
mirando en lontananza el caserío?
¿De tormenta tus ojos se inundaron?
¿Hubo galerna en tu partir sombrío?

Trajiste la nobleza del buen vino
decantado en la sangre del ancestro;
una estela en las olas el camino
y en los labios la fe del Padrenuestro.

Hoy sueño adivinarte en el desierto
en silencio de cardos y de espinas
angustia de soñar el Viejo Puerto,
tus silentes montañas, tus encinas.

Parras Viejas.
Vino Nuevo

En mi pecho la sangre de los vascos
nostalgia de no verte el alma aferra,
por buscar entre bosques y peñascos
azul de tu mirada en esta tierra.

PARA CUANDO YA NO ESTÉ
(canción)

Porque viví, bien lo sé
que en su amor me quedaré
por lo que yo me llevé,
¿Saben qué les pediré?

Para cuando ya no esté
quiero saberlos hermanos,
sentir en sus propias manos
la tierra que tanto amé.

Para cuando ya no esté,
quiero mirar con sus ojos
fuego y calor, cielos rojos,
del Sol cuando desperté.

Para cuando ya no esté
perdidos en la mies rubia,
tomando un trago de lluvia
con sus labios beberé.

Para cuando ya no esté,
entre maizales y espigas
limpias flores campesinas
a su lado aspiraré.

Para cuando ya no esté
me prestarán los oídos,
relámpagos, truenos, ruidos,
serán viento en que viajé.

Parras Viejas.
Vino Nuevo

Para cuando ya no esté
un rincón en su memoria
tan sólo anhela mi historia
y eso sé, que lo tendré.

EL CAPORAL

(canción)

¡Arrópale caporal
y arrequita el barboquejo!
que si se afloja el pretal
dejarás en el corral
tiras de cuero y pellejo,
zurrón de zincoate viejo.

Ya viene la novillona
desgranando el pedregal,
detrás la vaca melona
por los magueyes se asoma,
traí tallones en el cuero
de algún novillo matrero,
que de amor le quiso hablar.

Se miran por el camino
chivas de cara malora,
el chivo padre, cetrino,
viene haciendo desatino
sonrojando a las señoras,
porque tovía no son horas.

Las mulas por el color
te enseñan maña y manera,
deslomadas como son
habrás de usar la grupera;
nunca agarres del montón
que es mejor prieta que güera.

HIJOS, SI MALA

Si mala fortuna
por la senda ruda
pasando te hiriera;
no te quepa duda
mi vida te diera.

Porque tu eres todo
mi Sol y mi Luna,
la flor y la duna
y en tu pecho un broche
mi mano pusiera,
para que tu vida
jamás tenga llanto
te diría de huida
que te quiero tanto.

Si Dios lo permite
te daré un presente;
la flor palpitante
que en mi pecho aliente
al último instante
cuantas veces fuera.
Por sólo mirarte
yo por tí, muriera.

ATARDECER EN ZUGARRAMURDI

Ven, reposa, la tarde va de huida
en el ciclo constante de los astros;
agoniza ya el Sol su diaria herida
en rayos rubios que semejan rastros.

Parras Viejas. Vino Nuevo

Bala la oveja en el seguro aprisco
la dulce mansedumbre de ser buena,
bajo el tierno cayado de Francisco
el miedo al lobo con su voz serena.

Las aves se recogen presurosas
al hogar que les brinda fuerte rama;
pluma por pluma en su batir nerviosas
llevan gotas de luz de última llama.

Horadan con sus alas las palomas
el silencio del aire que se duerme;
en carnosos nopales fingen pomas
sueños de tunas de vivir inerme.

Sacude el gallo su imperial plumaje,
manto de fuego y de fulgentes gemas,
exigiendo a sus hembras vasallaje
sembrador de la vida entre sus yemas.

Desafiante del éter flota un cuervo
sostenido al cristal que presta el viento
y busca en el ramaje astas de ciervo
que a su diario bregar le den asiento.
La sombra va pintando en los terrones
el oro y sepia de la luz dislates;
las secas oquedades son arcones
de esmeraldas, topacios y granates.

Perece al fin en el confín lejano
el Sol que moja en su sangrar de vino;
las luces prodigiosas del arcano
que intentan en lo negro hallar camino.

Ya exultante y gentil la Luna asoma
y abandona indolente su camastro,
ganando palmo a palmo cumbre y loma
con su rostro de plata y alabastro.

Parras Viejas. Vino Nuevo

Errático ratón de terciopelo
en pos de insectos la negrura cruza,
ignorante fantasma que en su vuelo
perturba el meditar de la lechuza.

Sacuden su melena los elotes
en la milpa por brisas halagada
y el hambre trashumante de coyotes
resuelve su querella en carcajada.

En el surco reseco hay esperanza
que conserva el secreto de la arcilla;
el vientre de la tierra se hace panza;
para el parto brutal de la semilla.

Danzante remolino corre el llano
trozando en el maizal las verdes cañas,
atalaya cimbreante en que el gusano
es banquete en la red de las arañas.

En el cielo se libra la batalla
cuando incendia el ocaso en su querella,
rojo y naranja por doquier estalla
y hacen a Venus renacer mas bella.
El negro escarabajo marca huellas
buscando en el estiércol sus mendrugos,
mirando el cintilar de las estrellas
carga sus cuernos cual pesados yugos.

La negrura en la tierra presta foro
que ilumina la luna en suaves brillos;
en las charcas las ranas hacen coro
a la orquesta de cuerda de los grillos.

¡Deja el alma volar, no lloves prisa,
goza el misterio que la vida encierra
mañana volverás con la ceniza.
a fundirte en el vientre de la tierra!

UN BRINDIS POR LA VIDA

Un brindis por la vida veleidosa
que a ratos me atormenta y me atosiga
aunque a veces injusta me castiga
otras veces me premia cariñosa.

Un brindis por la vida omnipresente
que es trasunto en el polvo de mis huellas;
recuerdos de un ayer, del hoy presente
y el mañana que siembran las estrellas.

Un brindis por la vida y el dolor,
clavo de fuego que la herida tensa
y deja cicatriz por recompensa
del placer, del soñar y del amor.

Un brindis por la vida cuando oscura
promete un nuevo Sol cada mañana;
las mieses rubias al besar madura
y regala al soñar paz de campana.
Un brindis por la vida que de fijo
supo que fui semilla y soy follaje,
a mi tronco maduro dio ropaje
en la flor, en el fruto de cada hijo.

Un brindis por la vida porque sabe
más de mi, sin la luz del pensamiento;
porque es llaga y reír cada momento;
porque es todo y es nada cuando acabe.

Un brindis por la vida que es dislate,
efluvio, primavera y cruel invierno,
porque es de Dios el privilegio eterno;
un brindis por la vida, aunque me mate.

Un brindis por la vida que me arropa
con los mantos del viento y de la lluvia
y con sangre del sol y viña rubia
se habita en los cristales de mi copa.

Parras Viejas.
Vino Nuevo

Un brindis por la vida que me aferra
a su entraña con júbilo y tristeza,
por la vida que fue, por la que empieza,
que son orto y ocaso de la tierra.

**A DON OSCAR TORRES CORZO Y A SU
CERRITO TAURINO**

Con sueños de verde y sol
se adormece la pradera
y en incendio de arrebol
hay grana en la nopalera.

Melenas de aroma y oro
presume la huizachera,
regalando su tesoro
al llegar la primavera.
Silenciosa mezquitada
es sobriedad y decoro;
brinda sombra a la vacada
y un sesteadero pal toro.

Silencio que rompe apenas
el bramar de los novillos
que rascan en las arenas
aterrando sus morrillos.

Tierra que huele a valor;
a casta de raza pura,
donde el toro retador
hace gala de bravura.

Cuando el cielo llora penas
que luego la tarde escampa,
mugen las vacas serenas
paseando su fina estampa.

Parras Viejas. Vino Nuevo

Señor en su campeadero
bebe el viento un semental,
divisando el tentadero
se acuerda cuando fue eral.

Se avistan las caponeras,
voz de metal en cencerros
y bailan las tolvaderas
asustando a los becerros.

Lucen negros capirotos
en procesión silenciosa,
con lamentos de coyotes
vacas de noche sedosa

Zainas, hoscas, salineras;
berrendas y aparejadas,
nieve en manos, calceteras,
castañas y ensabanadas.
Corniveletas, mogonas,
playeras muy descaradas;
las hay bizcas picaronas
y cárdenas afacadas.

Campo bravo en los potreros
de abolengo sin abrojos,
donde pastan los utreros
y juguetean los añojos

Hay nobleza en el criadero
de un puntal que luce el torso;
casta en toro y ganadero
tiene el Cerrito de Corzo.

Pundonor de sangre y nombre
modelaron nueva vida,
al fundirse mujer y hombre
en Torres y Labastida.

Parras Viejas.
Vino Nuevo

Tierra que es crisol de amores
donde a morir no se teme
trasunto de dos señores;
Dos dones, Teófilo y Meme.

Los laureles de la gloria
tarde llegará en que toques;
los ruedos serán memoria
que enfundaron los estoques.

A tu afán sin menoscabos
Dios verá que sea el resultado,
se corten orejas, rabos
y el cielo te dé el indulto.

Las palmas serán alarde
de tu triunfo buen amigo,
Dios permita que esa tarde
pueda vivirla, contigo.

**COPLAS Y ROMANZAS DE
DON GUILLERMO BAEZ Y ESPINOZA
GRAN TLATOANIDE LA GUACHICHILA**

Siempre iremos caminando
Como el santo de la Mancha
Mano a mano, anca con anca.

Y con las cuentas vacías
Divisando tierra estéril
En polvosas lejanías.

Tu cabalgando en el duende,
Yo en mi yegua la profunda
Por de los montes allende.

Parras Viejas. Vino Nuevo

Sintiendo que el alma arropa
Fríos y parajes sin dueño,
Siempre en la mano una copa.

Siguiendo las hoscas huellas
Del sempiterno desierto;
Por testigos las estrellas.

Poniéndole al cielo nombre
A tu cabal albedrío,
Por la magia de ser hombre.

Sin precisar los abrigos
De quienes llevan temores
Por que no tienen amigos.

Entre aullidos de coyotes
Que esperan que el sol alumbre
Entre resecos mogotes.

Al paso de buena rienda,
Con espuelas cantarinas
Para que el de atrás aprenda.
Sólo siguiendo una voz,
La del mejor caporal,
Que lleva por nombre Dios.

Sin maleta de viajero
Sentir que en el pecho llevas
Viento, tierra, el mundo entero.

Tu señero guachichil
Con flechas de pedernal
Recorrerás el pencil.

Otra jornada, otro rumbo
Y en la enanca con orgullo
Gozar del tiempo sin tumbo.

Parras Viejas.
Vino Nuevo

Mira atrás los aprendices
Que siguen tu campeadero
Y a tu lado son felices.

Galopador de los vientos,
Jinete contra el destino,
Aspirarás nuevos vientos.

Llevando en la frente fijo
Que Cristo legó su sangre
Para llamarte, su hijo.

Hay que ensillar muy temprano
Cuando cuelgan las cabrillas
Y brilla el hielo en la mano.

Siempre saliste primero,
Arcionando con buen tranco,
Porque fuiste el más señero.

Deja cabalgar el alma
Que no conoció derrota
Gozando al fin de la calma.
Rodeado de tus compadres,
Persiguiendo el infinito
De la mano de tus padres.

Mañana, tal vez mañana,
Florecerán los jilotes
En cieneguilla temprana.

Atesorando vivencias
Y como el caballo fiel,
Reconocer las querencias.

Sé la guía en nuestro destino
Tú que si sabes montar,
Enséñanos el camino.

Parras Viejas.
Vino Nuevo

Allá lejos se columbra
Una nueva claridad,
Donde acaba la penumbra.

Apersoga la bestia
Tú que entiendes como hacerlo,
Para que cuando cansada,
Te siga esta muchachada,
Que apretando va los cinchos,
En mulas, potros, yeguada.

Te alcance en el paradero
Que en un planeta lejano
Ofrece un abrevadero.

Y por Dios como testigo
Cuando toque cabalgar;
En cualquier lugar amigo,
Cabalgaremos contigo.

**ADOÑA REFUGIO L. DE MORELOS ZARAGOZA
EN SUS PRIMEROS CIEN AÑOS**

Con cien gotas de tiempo en el camino
es regalo de dios, poder mirarla;
prodigio de belleza en mármol fino,
milagro hecho mujer, para admirarla.

Serena dignidad hay en su porte,
altiva majestad en su apostura.
es la reina gentil en esta corte,
que hoy le rinde homenaje a su hermosura.

La Luna, se durmió en su cabellera,
enmarcando con plata su belleza

Parras Viejas.
Vino Nuevo

y en su faz, una eterna primavera,
en su piel de alabastro quedó presa.

Cien momentos asoman a sus ojos,
que en azules recuerdos guarda el alma,
de existencia vivida sin enojos,
con la dulzura de su mar en calma.

Rodeada para siempre en sus amores
mi cariño en el pecho la atesora,
Dios permita, a las aves y las flores,
contemplarla otros cien, ¡Bella Señora!.

El porqué de las letras

Esto de escribir es una semilla que mi padre sembró temprano en nosotros. Unos la regamos y creció, otros la llevan dormida esperando el milagro del agua, líquido amniótico en el útero de la tierra.

Las primeras palabras de mi padre trascendidas al papel de que tengo memoria, las manuscrió en un álbum, tan común en los tiempos en que nos tocó arribar a este mundo, donde se registraban vivencias, anécdotas, genialidades del vástago, fotografías del protagonista y sus ancestros. Eran tiempos de sencillez; casi ninguna casa tenía alcoba para automóviles. La televisión no envenenaba con su prosaicismo, ni asesinaba la inocencia de la niñez con la cotidiana pornografía. Un disfrute era por las noches, en la confidencia de la semioscuridad, reunida la familia escuchar el radio con aquellas novelas que hoy serían materia de estudio para la sección maternal, y gozar con las voces y la música que por entonces diferenciaban, sin posibilidad de confusión los sexos; o deambular en los libros con el gusto hoy casi en desuso de la lectura.

Años después, con alguna conciencia robada a los deberes o la diversión, empecé a hilar palabras asombrado por la música de la rima al leer poetas que en viejos libros me presentó mi progenitor, y en una ocasión, escribimos al alimón el poema Tangamanga, caminando juntos en los senderos de las letras.

Me encontré también con que mi abuelo Delfín Noriega Díaz, vivió ese espacio etereo de la poesía, compartiendo el espacio y la hora con los clásicos romanos ya que fue huésped del Colegio Pío Latino en Roma, cuando la voz de su alma le conducía al sacerdocio después trasmutado por los espacios rústicos. De ahí nace “el poeta y su lira”, creación festejada por su íntimo amigo, aquel Ipanandro Acaico, que los profanos del Parnaso llamaron Ignacio Montes de Oca y Obregón.

Así, nace esa tradición que con gusto he retomado, de que cuando el milagro de la vida me ha enriquecido con mis hijos y mis nietos,

Parras Viejas.
Vino Nuevo

quede constancia de que mi corazón y mi espíritu han acudido a recibirlos, atónito ante su propia maravilla, sólo posible en la generosidad de Dios.

A Francisco Artolózaga Noriega. El día de su nacimiento

Dedico el presente álbum no al núcleo de carne sonrosada que se debate y llora y balbucea, aprisionado por el cúmulo de ropa que ahoga sentimiento y expresión, dedico este álbum al adulto, al “ser” que en la plenitud de sus facultades tiene por hogar el cosmos, pone límite el infinito y por anhelo la inmortalidad.

Pocas misiones tan difíciles poder forjar la norma que pauté una vida y no es tu padre quien osado acometa una empresa en la cual han fracasado los más ilustres talentos, los más preclaros filósofos, los humanistas más profundos. Trato sólo de señalar los rudimentos, los principios fundamentales, no del éxito en la vida, sino de algo más profundo, el deber en la misma.

Puedes decir que a tu nacimiento concurren todas y cada una de las hadas madrinas de los cuentos; porque aunque aparentemente tu fortuna es poca, ha venido contigo un bajel de tesoros que constituyen tu caudal.

No naciste príncipe y esto sería una tragedia si no hubieras nacido rey. Los de tu especie reinan en la Creación.

No tienes los diamantes tras los cuales corren desaladas las generaciones de una era materialista, pero tienes algo más duro, más valioso que la iridiscente piedra: ¡voluntad!

No vinieron en tu bajel las verdes esmeraldas de las leyendas orientales pero en cambio tu equipaje es rico en algo más que gemas. Soberbio espacio: ¡Idea!

No posees el oro pero el oro nada es si se compara a la energía. Perlas tampoco. Valen mucho menos que la constancia.

Granates, rubíes, aguas marinas, zafiros, monedas, etc, etc, insignificantes baratijas que nada significan hay algo más valioso ¡ambición!

Parras Viejas.
Vino Nuevo

No son tuyos los bienes materiales y careces de aquellos que natura prodiga a los privilegiados, ¿Te está vedado el crear lo bello y es imposible que plasmes tu sentimiento en el lienzo las cuartillas o el papel pautado? ¿nada hay más grande ni más bello que la bondad!

¿La fortuna te es adversa, vives la tragedia de los oscuros, los que pasamos por la vida callada, modestamente? Entonces disipa las tinieblas que te rodean con la inefable luz de la nobleza.

¿No eres feliz, te sientes defraudado, incomprendido, eres combatido sin descanso, tus más caras ilusiones se desvanecen? Olvídate del “yo” personalista y haz tuya la inmensa, la inefable, la legítima satisfacción del deber cumplido.

Convendrás conmigo en que no es poca la fortuna tuya. Usa de tu tesoro inteligentemente: que tu voluntad sea inquebrantable, tu idea avanzada, tu energía inmensa, tu ambición noble, tu bondad discreta y tu nobleza digna.

Pero lo máspreciado, lo que debe ser tuyo siempre, es la legítima, la inmensa satisfacción del deber cumplido, es ésta la positiva felicidad, y constituye la razón de la vida.

Aunque débil y tierna desde ahora empuña tu mano ese cetro del mundo formado por el haz de atributos que enumero; eres hombre y Pasteur, Bolívar, Colón, Dante, Francisco de Asís y Cristo, fueron hombres.

*Tu padre. San Luis Potosí, oct 24 1940.
Francisco Artolózaga Hermosillo.*

A mi hijo Francisco al nacer

Al escribir estas líneas regreso treinta años sobre mis pasos, al momento idéntico en que como tú, sólo representaba una semilla que para hacerse árbol habría de enfrentar todos los milagros y miserias de la vida; sólo que entonces un alma superior a la mía vaciaba su temor y su esperanza con verbo más sabio y espíritu más profundo que el de tu padre.

Inútil sería pues intentar superar sus conceptos, sin embargo, llenado que está en la medida que me ha sido posible el cumplimiento de esa misión de hombre que mi padre me impuso, he de invertir los tiempos para que a tu vez lo hagas cuando la vida ponga ante ti la inconmensurable maravilla de la paternidad, con lo que quiero enseñarte que para iniciar el conocimiento de ti mismo, en cuya búsqueda es a veces insuficiente toda la existencia, debes indagar desde la raíz que constituye todo el cúmulo de los ancestros, pues en muchas ocasiones encontrarás en tu voz palabras que te serán extrañas y emociones que no comprenderás; cuando ello suceda, viaja hacia adentro y tal vez encuentres en lo ignorado a tus padres, tus abuelos, o alguna de aquellas gentes que te legaron su sangre y que han tornado a la eternidad del polvo.

Quisiera que el futuro me permita acompañarte en ese salto colosal que supone abandonar la cuna, para robar en actitud de reto la primera bocanada de aire a un mundo cuyo conocimiento empezarás entonces y sentir que con tu primer peso iniciarás el camino hacia el misterio. De serme concedido lo anterior, hemos de descubrir desde el conocimiento que me ha dado el vivir, que no el talento, todas las caídas para que las evites, todos los yerros para que los adviertas, sin que con ello pretenda imponerte un ritmo, tal vez contrario al corazón, que pasados los días de la inconciencia será el dinamo que impulsará al ser a campear por su respeto individual.

Podría decirte tanto sobre el libro siempre inconcluso que cada hombre escribe en el diario devenir, pero sólo te esbozaré las virtudes sobresalientes de la virilidad. En muchas circunstancias la disyuntiva de inclinarte en una actitud muy humana por nuestra debilidad, para eludir o mitigar al menos las heridas físicas o morales, o erguirte a

pesar de las consecuencias y el dolor; cuando tal sea el delta de tu conducta, escoge el segundo camino, pues no existe más gloria que aunque caído se conserve la antorcha que la razón puso en la mano, ya que lo más importante no es el obtener al precio de aniquilar la dignidad, el aplauso o la justificación disculpada en la prudencia, cuando ésta sólo es el disfraz de la cobardía; porque lejos del juicio intrascendente para lo interno de la multitud ajena al equilibrio que la verdad supone, habrás de someterte al más inflexible de los jueces; tu conciencia y perdido el eco de un éxito falso o una lucha pusilánime, sólo su voz reclamará la honra muerta, pues siendo ésta el pedestal del alma, no admite menoscabo sino pérdida, ausencia, muerte.

Toma en cuenta lo anterior y atesóralo como la más preciada propiedad de la que emana la verdadera fortaleza, para que justifiques tu paso por el mundo y ten siempre pronta la razón y el pecho para prestar abrigo a quien más débil que tú, en cualquier medida se acoja a tu amparo o el azar atraviere en tu camino. Si va a ti, defiéndelo con el tesón con que te defenderías a ti mismo; si va contra ti y te es posible, presérvalo de la derrota; si no, no te cebes en quien antes de la lid no es rival para ti, o lo tienes vencido, recordando siempre que la virtud es el justo equilibrio entre el exceso y el defecto y con ello obtendrás la absolución en el proceso de tu profundidad, pues recuerda que la luz de la corona de espinas del Crucificado alumbró el mundo por encima de todas las pasiones.

Concluyo con un deseo más, que seas feliz y que ante el ambivalente espejo diario, veas reflejada tu existencia en el adusto molde de la hombría.

Tu padre.

A Lucy en el día de su nacimiento

Hija:

Tal como a tu hermano te dedico este libro, en que cual bitácora contarán tus primeros pasos por esta vida, hasta abandonar esa dulce irresponsabilidad de la niñez, para asomarse a la realidad y con ello también al umbral del dolor.

Apuntaba un nuevo día en el horizonte cuando brotaste del seno fecundo de tu madre, anunciando al mundo tu arribo con un grito que echó a andar el reloj de tu propia vida. Ya eras tú, diminuta pero vigorosa y tu padre al saber que otra rosa crecía en los jardines del Señor, musitó su primera plegaria por ti; mezcla de gozo, temor y asombro y pidió que esa flor por siempre fuera lozana y nunca mancillada por las plagas e insectos, que fatal y desgraciadamente deben equilibrar la belleza que contigo y otras flores Dios puso en este mundo.

Siento torpe la mano y el entendimiento para escribirte estas líneas, pues no obstante el ser tan pequeña estás tan cerca de Dios por tu inocencia y pureza, que cuesta gran trabajo comprender a la estrella en mis brazos y a la naturaleza toda en tan frágil estuche; pero eres así, porque sin criaturas como tú, la vida no tendría sentido, ni el hombre razón de existir.

¡Pequeña hija mía! maravillosa presencia de lo divino; bastaría el perderse en tus ojos de cielo y refrescar las heridas diarias del camino en tu sonrisa, para entender al Creador, del que a veces nuestra mucha ciencia o ceguera nos apartan y sólo volvemos a El apoyados en una manita tierna como la tuya, en la que a falta de la fuerza brutal del músculo existe una fuerza mayor: la inocencia.

Ignoro por desgracia qué te depare el destino y quisiera ser siempre el escudo en que la vida descargue los golpes que tenga para ti, que en Cristo confío te sean siempre leves; pero ante esa imposibilidad material, tengo la plena confianza en que si alguna vez nos fue dado un ángel guardián, el tuyo te protegerá de las acechanzas del destino, pues sé que a tu belleza externa irá unida la del espíritu, que

Parras Viejas.
Vino Nuevo

es caudal inagotable de energía y única satisfacción perdurable en que se impulsa una existencia y fecunda.

Quisiera para ti todos los dones de los viejos cuentos de hadas, pero el vivir me ha enseñado que estos son superfluos y sólo existen en la inspiración de quienes escribieron a lo más hermoso, a lo más limpio, a ti y a las niñas como tú, estrellitas con que el Niño Dios adorna su noche.

Sé siempre el faro a cuya luz se disperse la oscuridad de la miseria humana y se alumbre el camino de los cielos, que yo tu padre estaré junto a ti, y ¿Quién sabe, tal vez? con tu llave logre colarme hasta Dios.

Tu padre.

A Lizeth en su nacimiento

Hoy he visto nuevamente consumarse el milagro de tener otra hija, tan pequeña como almendrita, tan hermosa como una flor, tan limpia como un amanecer, tan importante como todo lo creado por Dios por ser parte gentil del mismo Dios.

Por seres como tú Dios ratifica su voluntad de que lo más bello y digno de la vida se repita y sé que cada que siembra en el cielo una estrella como tú, en la tierra una rosa como tú, El se siente satisfecho de su obra y esbozando una sonrisa abriga una grata tibieza en su corazón, donde alguna vez recibió una lanza.

Existe en tí el misterio de muchas vidas involucradas en tus antepasados, casi todos ignorados en la oportunidad del tiempo que no permitió a los ojos encontrarse en la sorpresa de contemplar el ayer y el hoy, pero conocidos en el ritmo del corazón que impulsa la misma sangre por los mismos caminos. Me gratifica el no conocer indignidad ni oprobio en ellos mas si alguno hubiere, con tu llegada ha desaparecido pues tu belleza, que refleja el espejo del alma, no admite sombra ni mancha alguna.

Tu abuelo Francisco te ha recibido con júbilo y orgullo, pregonando lo hermosa que eres y no ha podido sustraerse a la emoción que se asomó a sus ojos refrescados con lágrimas de alegría. Tu abuela Esther te conoció cuando eras parte de la brisa, del perfume, de la lluvia, del sueño de tus padres, de la esperanza del Señor de que esta vida sea mejor con tu presencia, y dibujó en tu pelo la silueta del suyo propio y tuvo el gusto de darte el primer beso.

Siempre has vivido en mis sueños, desde los días que emocionaron mi niñez con relatos y cuentos gentiles que hoy se han vuelto realidad al despertarme y recibirte en mis brazos a ti, a quien tanto soñé.

Dios permita que tu vida siempre sea primavera llena de aromas, de trinos, de colores, de lozanía y de felicidad, y que cuando sufras siempre tengas una mano y un corazón para compartir lo ingrato y recuerda que yo haré por ti hasta lo imposible.

Tu padre.

A Ulises

Trascendía el sol el medio día, cuando el misterio de la vida y el destino te trajo al mundo. Naciste por el medio a que dio nombre aquel Cayo Julio César, preconizando tu talla física e intelectual y anticipando tu diferencia con lo común. Pequeño pero ya tú; frágil pero fuerte, asombrado ante la sorpresa del espacio.

Al verte por primera vez, vi en tu rostro el de mi padre, cuyo tiempo no coincidió con el tuyo para la oportunidad de encontrarse dos rostros y dos corazones en el milagro, del devenir, compartiendo en el tiempo la igualdad de la célula de un mismo tronco, y sentí el deseo de que tu espíritu tuviera también afinidad con el suyo, heredando sus mejores cualidades y virtudes.

El mundo te espera y te ofrece cuanto al milagro de la creación en su prodigalidad pone a tu alcance: con sólo quererlo disfrutar el milagro de la luz; fuego en el Sol, diamante en las estrellas. El cristal del agua; espejo en la laguna, camino en el río, esperanza en la lluvia. La magia del sonido; rumor y queja en el viento, himno al Creador en el gorjeo del ave. La tersura de la tierra, la suavidad del nido, la acritud de la espina, el terciopelo del pétalo. Todo eso está ahí para goce de tu espíritu y regalo a tus capacidades sensoriales, sin más costo que tu deseo de poseerlos y ser su espectador.

Pero ese mismo mundo te ofrece el escenario para tu propia actuación. Al inicio inocente receptora de todos los afectos y regalos, luego dócil seguir por donde marcan las huellas de la generalidad, hasta el momento que como el gallo se tiene voz propia y distinta a la de los otros; se ven diferentes a los demás el cielo y el horizonte y se decide, tremendo instante, la partitura y el personaje en que actuaremos y seremos por el resto de la vida.

Los días convulsos del momento materialista han ponderado por encima de todo al dinero y al poder, relegando los verdaderos valores que la divinidad y la naturaleza han adjudicado al hombre. Cierto, los bienes materiales son necesarios en lo primario, gratos en lo secundario e inútiles en el exceso; se trabaja para tenerlos como seguridad y sostén de la vida y el disfrute racional. Los demás, si no se destinan para ayudar a otros en la justa medida de

Parras Viejas. Vino Nuevo

la razón y el equilibrio, son inútiles a su tenedor. También es grato el ejercicio del poder, si la meta es mejorar el entorno; si es para la propia vanidad, resulta irrelevante. Es más rico el poder de la razón, del prestigio y la calidad, que despierta el afecto y la admiración en quienes te conozcan.

Sé que tu mirada buscará las alturas y despreciará lo que se arrastre y sea indigno.

Por tu voluntad podrás poseer la materia, sin que ello sea lo primordial en tu vida, pero lo que realmente deseo es que por tu sensibilidad e inteligencia, poseas los más profundos goces del espíritu en que radican la felicidad y la paz contigo mismo.

Tu padre.

Ongi Etorri a Joaquín

La noticia de tu llegada me ha conmovido, tanto, que la pluma ha quedado muda en la mano carente de expresión, incapaz de discernir sobre el profundo misterio de tu vida, pues para que te transmutaras de semilla en fruto, has viajado por milenios inexcusables que no caben en los conceptos de la Antropología que pretende encerrar al tiempo infinito en calendarios con millones de años.

No, ahora naces pero siempre fuiste y serás; tu origen empieza a caminar como promesa desde que el Supremo Hacedor inventó la nada y de ella el todo; ya estabas ahí presente en la nebulosa, en el silencio del espacio viajando entre cometas y estrellas, en la primera gota de agua, en la fe que en todo ser dispensó Dios para convertirte de potencia en acto y de esta maravillosa realidad crear su esperanza en la vida.

Ahora despiertas del profundo letargo que te llevó omnipresente desde el primer ser vivo y estuviste azorado ante el primer fuego, refrescado y feliz con la primera lluvia en la piel y en la garganta, en el miedo inicial ante las fieras y en la mano cortando el primer fruto; fuiste primer testigo de la luz, primer adorador del Sol, aún antes que el viento inventara la voz en tu sonido.

Desde siempre eres cólera y paz, guerrero y santo, risa y lágrima, fortuna y desventura, luz y sombra, abismo y estrella, empuñando la cruz y la espada, la pluma y el arado, porque eres cuanto fueron tus antepasados y has viajado con ellos a través del incoloro tiempo en sus pasiones y en sus virtudes, en sus aciertos y en sus errores, en su fuerza y en su flaqueza, y es tan maravilloso entender que en ese viaje particular de la célula, la genética y la sangre, hemos viajado juntos en el profundo misterio de un igual origen, igual te he llevado en mí como trasunto de mis padres, que tú me llevarás en ti en tus próximas siembras y cosechas, compartiendo el asombro en el foro distinto que cada día te dará al caminar un escenario.

A veces no sabrás por qué ríes, por qué lloras; como parte de un todo eres resumen de lo que otros son y fueron, llevas acumulado tanto tiempo en tu ser que ahora que despiertas para ser árbol, relegas al gentil humo del sueño el recordar cuando fuiste una semilla sin

Parras Viejas. Vino Nuevo

surco, un huevo sin trino, un vapor de nube y un aire sin viento. Ahora tu viaje ha tocado la piel de la tierra y pronto dibujarás sobre ella tu identidad en la primera huella, y gritarás al mundo que has llegado como un trozo de barro que camina, como un soplo de Dios que piensa y ama.

Usa tu oportunidad de vida despierta con toda la largueza de sus dones, disfruta de todo cuanto Dios te ha regalado, El iluminará tu camino con la luz maravillosa de su mirada y su palabra; déjate conducir por su mano suave y detente cada vez que puedas a admirar la incommensurable obra de Su Creación; llénate de flores, de aves, de perfumes y trinos y en la urna gentil de tu corazón ejerce el amor primero por El, luego por tu sangre y después por la tierra que te nutre, para que todo ello sea mañana la pródiga cuna y vientre en que arrulles y, siembres las semillas dormidas que hoy viajan dentro de ti, desde siempre y por toda la eternidad, para ser otra vez nosotros mismos.

Tu abuelo Francisco

Deo Gratia, Kevin

Nuevamente el himno de la vida hoy vibra en ti con su mejor canción. la canción que inventa en cada ser que como tú revela los designios de Dios por volver a nacer en su imagen y semejanza, un hombre.

Con sólo esa forma, tan normal por cotidiana, repite el mayor milagro de su creación:

Un hombre. Dueño y señor de todo lo creado, endeble en su estructura, indestructible en su espíritu, un segundo más en el tiempo, una gota más en el océano de la humanidad. Sí, pero un segundo y una gota distinta a las demás en la magia de cada mente, en el insondable misterio de cada alma.

Tu tiempo y tu memoria llegaron por su designio en anticipo al mejor escenario de su Obra: primavera; viajero de los últimos vientos que acariciando dormidos troncos arrancan los renuevos y las flores, inician nuevos trinos en las ramas y las visten de nidos y esperanzas; tras de ti arribarán las golondrinas y los llantos del cielo por los campos, te saludan lejanas las estrellas y te brindan los grillos su concierto. Eres canto, eres brote, eres perfume, eres ala, eres sopro de Dios vuelto a la tierra.

Has llegado a la tierra con los vientos de marzo, agorero presagio de gentil primavera, has llegado en tu viaje a ocupar el espacio que guardaron las horas en quehacer milenario reservándole un sitio a tu nuevo milagro.

Viajero sideral que arriba al mundo trasunto de los campos asturianos, de las límpidas aguas de Bizkaia, del desierto y las selvas de esta tierra, nieve y roca boreal y mediodía, abeto y cardo, sustancias que le dan a tu estatura una imagen de hielo pirenaico, fuego y sangre del Sol por mexicano, la dulzura del Cristo Dios y Hombre, la leyenda y el mito de Quetzalcóatl.

Francisco Artolózaga Noriega
4 de Marzo 2002

A Patxilau
Tlalchitonatiuh
“Los tiempos del cuarto Sol”

Noventa años han viajado desde que el primero de tu nombre acudió como tú, a su cita con el destino. Fue entonces que se escribió por primera vez el que llevarás como identidad en los amplios caminos que estrenas con un llanto, original sonido que a tu vida infundirá la individualidad que el tiempo tornará en palabra.

Tu bisabuelo Francisco inició este ritual de sentimiento y esperanza en su estirpe, dedicándome un libro con la mirada en el niño, con el mensaje para el hombre; imposible superar sus conceptos, vano pretender igualar su genio. Mi padre fue gigante, y yo apenas, a veces, un reflejo incapaz de escalar su estatura.

Pero atávico, profundo enamorado de su esencia, acudo alborozado a tu encuentro, mudo ante el profundo e incommensurable milagro de tu vida; nueva saeta que Dios y el destino proyecta hacia el mañana, en un renovado ímpetu de vuelo de nuestra sangre y nuestro nombre. Una misma cuerda genética ha dado impulso para nuestro particular viaje a la oportunidad de lo desconocido, pero la lazada de pedernal que guía tu vuelo sólo obedecerá a tu voluntad que con su filo troquelará mañana tu carácter y tu rostro.

La fortuna, entendida por gemas y metales preciosos, nunca estuvo presente en nuestra cuna, creo que ha sido mejor pues poco valen frente a los dones que el Supremo Hacedor de la vida nos ha regalado. Ojos para colmarlos de Sol, Luna y estrellas, de cimbreadas maizales, de silentes paisajes y montañas; olfato carcelero de aromas y perfumes en mañanas frescas de gentiles flores, gusto de parras en sangrar de vinos, de frutos de la milpa y los ganados; archivo de sonido en limpios trinos, balidos de corderos, voz de truenos; la sedeña tersura de la tierra, polvo hermano del polvo en que habitamos, el alma de cristales en la lluvia que despierta en milagro de semillas; la caricia inefable de los vientos; el placer de vivir con cada golpe que el noble corazón manda a las venas, por querer decir con sonidos del alma las cosas del espíritu, por querer

Parras Viejas. Vino Nuevo

copiar con la voz el gorjeo de cenizales, habitantes del pecho y de los sueños, por querer gritar al mundo “Aquí estoy y soy parte de ti, desde tu origen y hasta tu fin”.

Sé que tu mirada vivirá en el espacio en que reinan los astros y las aves, puesto el ideal en las alturas de los más limpios valores, en el universo de las más puras intenciones, en la práctica de los mejores dones de la hombría de bien. Cuando tus ojos bajen a la tierra, que sea para beberla con tus pupilas en su magnificencia, para sembrarla de ideas y acciones, de semillas y árboles, para prestar tu mano a quien la necesite aunque no te lo pida, para afianzar tu paso y hacer huella que hable de ti a quienes te sucedan.

Ríe cuanto puedas, llora cuanto quieras, sé cuerda, sé metal y sé membrana. Cuando la felicidad colme tu mundo déjala salir en estridente carcajada que rompa el diáfano cristal del día; cuando sufras permite al mar asome a tus pupilas y disipe las tormentas de tu alma; creo que si el hombre fue hecho de arcilla, ésta fue modelada con lágrimas de Dios que en su designio inescrutable puso en la tierra la alegría y el llanto.

Cuando tus ojos de hombre enseñoreen la tierra y hagas tuyas distancias y caminos, andaremos juntos; tú, aliento y pie que marcará la senda; yo, recuerdo dormido entre tu linfa.

Tu abuelo Francisco

Gure odola, Esteban

Llegaste por la puerta del otoño, con las últimas lágrimas del cielo; con la madurez de las vides que regalan su linfa para el incruento rito de la Eucaristía, para que fluyan la palabra y el canto de los poetas, para que hoy eleve en tu honor una copa, brinde y pida para ti, los dones más caros de la creación, aquéllos que hacen al hombre digno de haber sido creado por encima del error, de la falta, del exceso, del pecado y permiten a quienes los portan, quitar de la frente de su Padre una espina, restañado la herida con el bálsamo de un beso, al practicar su ejemplo y vivir según su palabra.

La tierra te recibe con júbilo de verdes y tintes de ocre con que adorna su fértil cuerpo, tras el milagro de su maternidad en primavera; por ti, sólo por ti, ha roturado un generoso surco para que plantes tu sarmiento de hombre y refresques tus tiernas raíces que te unen a ella, tras haber devuelto a Dios las alas que te trajeron desde el remoto pasado del sueño hasta el lejano futuro de la esperanza.

Regresas al escenario de la vida en metamorfosis de oruga y mariposa, de semilla y árbol, de huevo y ave, de niño y de anciano, de ausencia y presencia. Hoy hace veinticinco años, a la misma hora que arribaste a la vida, Dios se sintió tan solo y tan triste, que invitó a tu bisabuelo Francisco a platicar con Él a su casa, donde viven en la mejor recámara, con las ventanas abiertas a Zugarramurdi. Hoy hablan de ti, de tu airoso vuelo desde allá donde estuviste con ellos y con una guitarra que llevó mi madre, han cantado tus primeras mañanitas, tan quedito para no despertarte, que sólo tú las has escuchado.

Dios que todo lo cambia y transforma, pues no quita ni mata, vio también que a veces el polvo del camino al andar irrita los ojos y fatiga el cuerpo del abuelo y en justa reciprocidad por tener Él la compañía de tu bisabuelo, te envió a nosotros con nuevas palabras y aventuras que al paso del tiempo me irás contando e iremos viviendo; ahora, con el solo silencio de la voz que duerme en tu lengua y en tu pecho, dices tantas cosas que sé de ti y otras más que en ti adivino.

Parras Viejas.
Vino Nuevo

Bienvenido a este mundo que es tu casa que llenarás de risas y de gritos con Joaquín, Kevin y Patxilau y que no tiene para ti mas límites que tu fuerza para atravesar los mares, ascender las montañas, aspirar el viento, gozar del agua por la sed, del fruto por el hambre, del sueño por el cansancio, del placer por el llanto, hacer tuya la vida y disfrutar, una vez más, de todo cuanto te rodea y la inefable riqueza de volver a nacer

Tu abuelo Francisco

Egun on Amaury

Eres un brote más de los viejos árboles que se pierden entre la niebla del tiempo. Una gota más que enriquece el caudal de ser los mismos; por el mismo origen, por el distinto destino. Origen que te remonta al principio del hombre y aún mas allá al principio de la vida. Destino que te proyecta a la oportunidad de ser y después de cómo ser, en la soledad de tu espíritu, en el yunque de tu voluntad.

Sangre de cromagnones, vascos, astures, guachichiles recorre los caminos que te nutren a impulsos de tu noble corazón, y en cada golpe que lo mueve, te imbuye en su fuerza, y la memoria dormida que en ti encuentra un nuevo amanecer; que ilumina la noche de su ayer con la luz de tu mañana, para que sigan perviviendo en pos de un horizonte sin limites. Hoy, gratos cautivos de tu forma, mañana viajeros en las células de los que te sucedan.

¡Qué hermosa oportunidad te da Dios!. ¡Qué indescriptible felicidad nos da tu llegada!. Tu arribo ha sido difícil y te ha tocado pelear tu primer guerra, enfrentar el primer reto en la vida; el riesgo de tu vida misma. Sé que triunfarás y ese triunfo te fortalecerá para las futuras pruebas. Solamente se tiene temple cuando el metal de que estamos hechos es sometido a los rigores del fuego y a la inclemencia del hielo. Tal precedente forja las mejores espadas y los hombres más notables.

Tus ojos trashumantes de la tierra y el tiempo se apropiaron de los cielos y las aguas de Asturias y Euskal Herria, asomados a los espejos de San Juan de Beleño y Algorta, y arribaron a esta tierra como premonición del viaje de tus abuelos que te trajeron en sus sueños y en sus empeños, por asentar en México troncos de las viejas parras de su origen, que en siglos han producido generosas uvas y gentiles vinos; y hoy, en ti, revientan en plena primavera con un brote en que renace la esperanza de ver el mañana y sustentar en las cepas centenarias, la promesa de las nuevas cosechas. ¡Bienvenida tu sangre, bienvenidos tus tiempos!

Quisiera aconsejarte muchas cosas, señalarte riesgos y evitarte peligros, pero la empresa de vivir conlleva junto el que deba cada

Parras Viejas.
Vino Nuevo

individuo descubrirlos andando por su propio pie, venciendo con sus propias fuerzas, triunfando o muriendo en su propia oportunidad. Afrontando su propio destino y suerte.

*Francisco Artolózaga Noriega.
Tu abuelo.
25 de Mayo 2006.*

A Palomita

Dios dispuso que fueran los primeros días de año el escenario para tu aparición en el foro de la tierra.

Predeterminación y destino de su corazón que te envía a nosotros: tus padres, tus abuelos y tus primos, para colmar nuestras vidas con tan hermosa flor, para perfumar nuestras almas con tan gentil esencia.

Has sido largamente deseada y esperada, y tu sorpresa ha sido precedida de ilusiones y bendiciones que hoy ponen en los ojos lágrimas, en el pecho amor y en el alma ternura, y los labios envían al señor unas húmedas y profundas gracias por hacernos partícipes de tu milagro.

Tu presencia termina esa larga expectativa; ha mutado el invierno en primavera, sin musitar palabras, hoy dormidas en tu inocencia, nos hablas de Dios, de su casa, de quienes desde allá te conocieron cuando solamente eras una ilusión; tus bisabuelos te han visto tan hermosa como eres antes que ninguno otro; te han dado tu primer arrullo y contado tu primer cuento a la luz de las estrellas, en sueños me contaron de ti y en verdad eres tan bella como me dijeron.

Ulises y Paloma han recibido su primer milagro; tan inconmensurable como todo lo divino, porque el tenerte en los brazos supera toda emoción y enmudece toda palabra y en calor y tibieza de dos seres que son uno y lo mismo, se funde en esa maravillosa sensación que es la felicidad.

Representas a todos aquellos otros de tu sangre, que hubieron de nacer y de amar, para que en la cadena de la vida y las generaciones, llegares a este amanecer en que el sueño ha trascendido en la rosa, transportada a la casa de sus padres en alas de golondrinas, envuelta en sutiles nubes y escoltada por una corte de ángeles.

Tus pequeñas manitas vienen llenas de bendiciones, de buenos augurios y de ternuras que Dios permita, alguna vez y muchas veces, sean frescura a los labios de tus abuelos y el bálsamo de la seda y arrugas.

Parras Viejas.
Vino Nuevo

¡Ongi etorri! Bienvenida a la nueva luz, la limpia esperanza la flor
para nuestros jardines la flama del nuevo y eterno amor; la promesa
de Dios, para un mejor y más feliz mañana.

Eres blanca palomita
que hizo de luna el señor,
suave y gentil princesita
de los reinos de su amor.

En tu tierna manecita
llevas luz pálida y bella
que cintila y que palpita
en una dormida estrella.

Entre algodones y nubes
llegaste en dulce embeleso
escoltada por querubes
trajiste de Dios un beso.

El buen Jesús de los cielos
cumplió a tus padres anhelos
con tan bella florecita.

En tus sueños sin desvelos
te cuidarán tus abuelos
en tu nido Palomita.

*Tu Abuelo Francisco
Enero 2009.*

Parras Viejas.
Vino Nuevo

Parras Viejas.
Vino Nuevo

Parras Viejas.
Vino Nuevo

Por acuerdo del señor rector
de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí,
Licenciado Mario García Valdez,
se imprimió el libro *Parras viejas.Vino nuevo*,
de Francisco Artolózaga Noriega.
Se terminó de imprimir
el 13 de marzo de 2009
en los Talleres Gráficos de la
Universidad Autónoma de San Luis Potosí.
Su tiraje fue de 500 ejemplares.

Parras Viejas.
Vino Nuevo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN LUIS POTOSÍ